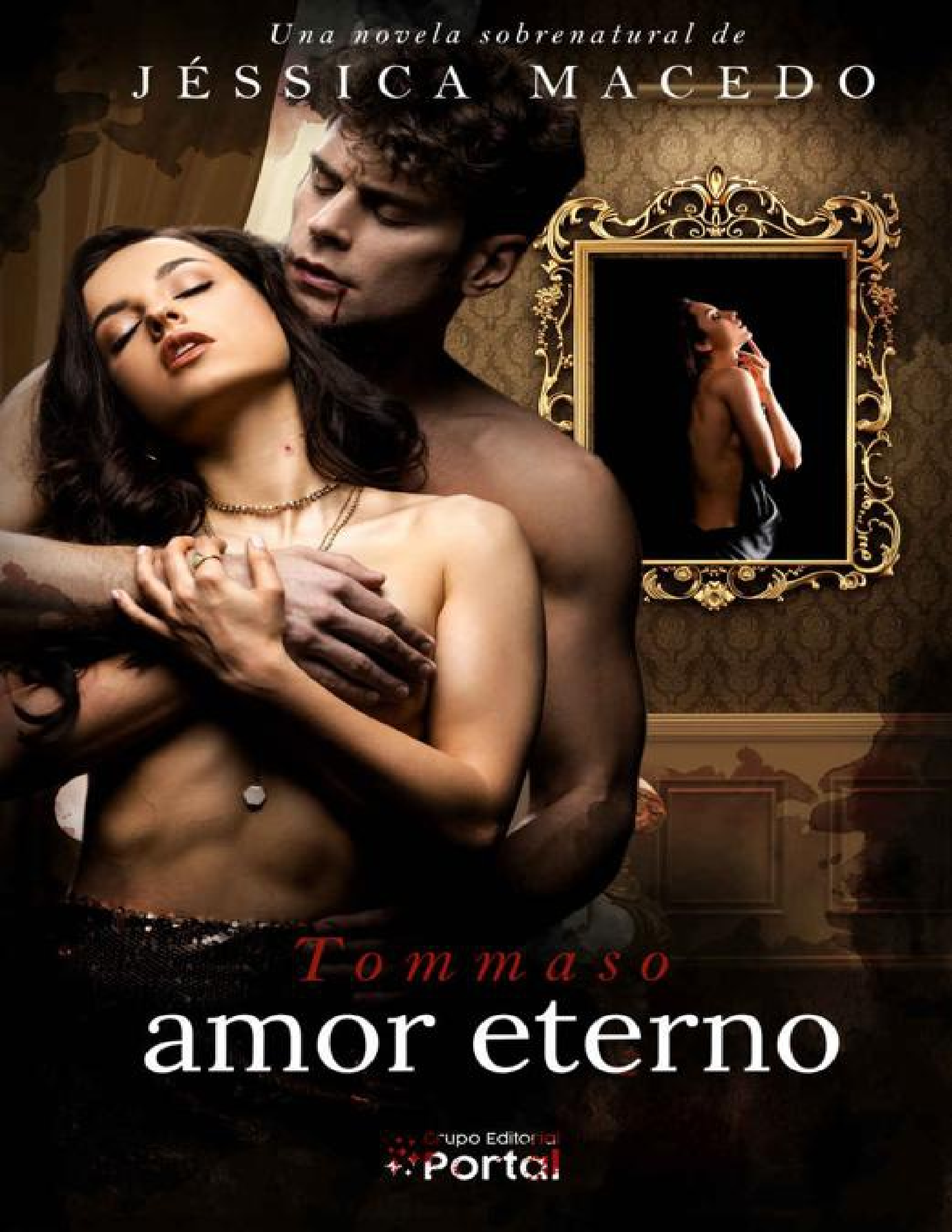
Una novela sobrenatural de

JÉSSICA MACEDO



Tommaso

amor eterno

Grupo Editorial Portal

Tommaso

amor eterno

Um romance sobrenatural de

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal
Portal

Copyright © 2022 Grupo Editorial Portal

Portada

Jéssica Macedo

Diagramación

Mylene Ferreira

Consulte

Hamilton Blumhagen

Libro digital

1ª edición

Grupo Editorial Portal

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra en cualquier forma - tangible o intangible, incluida la fotocopia— sin autorización escrita del autor.

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Otras series
Lea también:

Sinopsis

Tommaso Neri construyó un enorme imperio del cuero en Florencia (Italia), pero este hombre solitario llevaba una vida secreta, porque aparte de su mano derecha, nadie sabía que era un vampiro.

Su naturaleza no era el único misterio que rodeaba al empresario y pintor renacentista. Siglos atrás, perdió al gran amor de su vida y esperó una promesa de regreso, hundiéndose cada vez más en la oscuridad.

Micaela Benni aceptó una oferta de trabajo en Florencia, pero no esperaba que cambiara su vida por completo. Su encuentro con el peligroso vampiro le revelaría secretos y verdades que quizá no estuviera preparada para afrontar.

Un amor que ha sobrevivido siglos puede no ser suficiente para convencer a una joven asustada frente a un depredador...



MICAELA

Capítulo 1

No estaba segura de haber tomado la decisión correcta cuando acepté una oferta de trabajo que llegó a mi bandeja de entrada hace quince días. Me había licenciado en Administración de Empresas y había adquirido cierta experiencia trabajando para una marca de ropa en Milán, pero seguía pareciéndome una locura dejar el ajetreo de la tecnología y los eventos de moda para mudarme a otra ciudad.

Mi familia estaba segura de que me estaba volviendo loco:

¡No puedes alejarte de nosotros sólo por un trabajo temporal! Lo repetían tanto que me daba dolor de cabeza. Y los italianos, cuando querían, sabían hablar alto.

A pesar de todo, seguía viendo este momento como una oportunidad: después de mi discusión con mi arrogante jefe, que desencadenó mi despido, necesitaba pasar algún tiempo lejos de Milán. Intenté convencer a mis padres de que un trabajo temporal podría parecerme unas vacaciones pagadas, además de la experiencia que me aportaría tratar directamente con la producción de cuero toscano.

Con el billete comprado, subí al tren con destino a Florencia. Mi madre sollozaba en la estación, dramática, como si me fuera a la otra punta del mundo, no a una ciudad a la que ella podía llegar en poco más de dos horas en tren desde el centro de Milán con un intervalo regular.

Cubriría las vacaciones de una secretaria durante un mes y me lo planteaba como un aprendizaje. La calidad de la piel italiana era reconocida en todo el mundo y estar tan cerca de ella podía ayudarme a volver al mercado de la moda con nuevas ideas y algo que me garantizara otro buen trabajo.

— Para empezar, tienes que mantener la lengua dentro de la boca —, murmuré mientras inclinaba la cabeza hacia un lado y la apoyaba en la ventanilla del tren.

El idiota de mi jefe merecía todas mis palabras cuando le dije que era un mimado arrogante que no sabía nada de moda. Obviamente, primero tuvo que agotar mi paciencia para que yo llegara a ese punto. En cualquier caso, fue estupendo salir de aquel trabajo en el que no me valoraba.

Me distrajeron los vastos campos de heno que se veían en el horizonte, algunos aún verdes y otros ya cosechados, con enormes rollos tendidos en el campo, a la espera de que algún vehículo los recogiera.

Mi teléfono móvil vibró dentro de mi bolso y me tomé un momento para pensar si revisarlo o no, sólo para encontrarme con un mensaje de mi madre.

Mamá:

¿Ya está aquí?

Micaela:

Todavía no.

Mamá:

Está tardando.

Micaela:

El tren ha frenado en un túnel, va más despacio, debe de haber algún retrasado que aún no ha salido del andén.

Mamá:

Creo que estos retrasos son absurdos.

Micaela:

Estaré bien. No te preocupes.

Mamá:

Házmelo saber.

Micaela:

No hay problema.

Volví a meter el móvil en el bolso y respiré hondo, pero apenas tuve tiempo de recostar la cabeza en la ventanilla cuando la señora que se sentaba a mi lado empezó a agitarse en cuanto se anunció por el altavoz del tren la parada en Florencia.

Cuando se levantó, saqué mi mochila de debajo del asiento delantero y salí a buscar mi maleta, que era demasiado grande para permanecer en el compartimento situado encima de los asientos y la había dejado en el lugar apropiado, cerca de la salida del vagón.

En cuanto salí del andén y me dirigí a las puertas de entrada, fui a buscar una cafetería. Pedí un expreso mientras buscaba en una aplicación las indicaciones que necesitaba para llegar a la dirección que me habían dado.

Por supuesto, mis esperanzas de alojarme en algún lugar cerca de la Plaza de la Cúpula, con una hermosa vista de la fachada de la catedral, se desvanecieron pronto. En realidad, no estaba de vacaciones, pero nada me impedía escaparme un rato y pasar unas horas en la Galleria Degli Uffizi contemplando algunas de las mayores obras de arte del Renacimiento.

De mis opciones, acabé cogiendo un pequeño autobús que recorría varias calles entre edificios que parecían centenarios, hasta que se detuvo en una esquina que era mi parada. Estaba acostumbrada a los contrastes y la modernidad de Milán, a mirar al horizonte y ver los rascacielos sobresalir, pero no era algo habitual en el centro de Roma y, al parecer, tampoco allí. Lo que no significaba que estuviera menos entusiasmada con mi estancia.

Seguí las indicaciones del mapa de mi teléfono y caminé hasta el número de la calle que bordeaba el río Arno. Me detuve frente a una enorme puerta de hierro que era al menos tres veces mi altura y tenía algunas tallas geométricas. Pensé que podría ser la puerta original. Miré a mi

alrededor hasta encontrar un timbre, pulsé un botón dorado y esperé, pero nadie respondió. Mientras tanto, la pesada puerta se abrió con un ruido metálico, como si fuera ligera, lo que comprendí que era mentira cuando tuve que empujarla.

— ¡Vaya! — no pude evitar exclamar cuando me encontré con el hall de entrada.

Había un espacio vacío que conducía a una escalera de piedra que subía en pequeños escalones hasta uno más grande donde, en la pared, había un escudo de armas que yo no conocía y estaba demasiado lejos para leer las inscripciones que había debajo. En la barandilla de la escalera, bellamente tallada, el león de Florencia sostenía un escudo con el símbolo de la ciudad.

Estaba a punto de subir uno de los escalones cuando oí un ruido que me llamó la atención y me hizo volverme inmediatamente.

Había un arco a un lado del vestíbulo que daba a un pasillo, no sé cuándo apareció allí, pero había un hombre de pie, con un traje oscuro y las manos cruzadas delante del cuerpo, mirándome fijamente. Tenía el pelo gris y las arrugas indicaban que había sufrido mucho con el paso del tiempo.

— *Ciao.* — Tragué en seco, un poco torpemente, casi como si me hubieran pillado cometiendo un delito.

— Usted debe ser la Srta. Micaela Benni.

— Sí, soy yo. Me han contratado para un trabajo y me han dado esta dirección, pero no estoy seguro de estar en el lugar correcto.

— ¿Por qué?

— No parece exactamente una fábrica de cuero. — Sacudí la cabeza y volví a mirar a mi alrededor.

— Y no lo es.

— Ah...

— Esta es la residencia del Sr. Neri, el Palacio Agan.

— Es muy bonito.

— Te quedarás aquí mientras trabajes para él.

— ¿De verdad? — Me invadió una mezcla de sorpresa y emoción.

— ¿Es eso un problema para usted? — El hombre no parecía muy contento con mi reacción e inmediatamente traté de enmendarla.

— No, en absoluto.

— ¡Genial! Venga conmigo. — El hombre se dio la vuelta y entró en el pasadizo.

— ¡Un momento!

— ¿Qué ocurre?

— Las escaleras no van allí. — Se lo indiqué.

— Pero el ascensor está por aquí. A menos que quieras hacer ejercicio con esa maleta

durante cinco pisos.

— Creo que será mejor que subamos en ascensor. — Me pasé la mano por el pelo con torpeza.

— Pensé que lo pensarías. Vamos.

Seguí al hombre, que aún no me había dicho su nombre, hasta el pequeño ascensor que parecía demasiado moderno para el palacio en el que estábamos.

Entendí perfectamente la definición de cuarto cuando me abrió la puerta del dormitorio para que entrara. No era *sólo* un dormitorio, el de la cama y el cuarto de baño al que estábamos acostumbrados, sino un pequeño *loft*. Tenía un amplio salón con televisión, un sofá enorme, una mesa redonda y hasta una estantería llena de los libros muy diversos.

— Dejaré que te instales.

— Gracias, señor.

— En absoluto.

— ¡Eh, espera! — grité antes de que desapareciera. — ¿Cómo te llamas?

— Cesare.

— Ha sido un placer.

— Prepárate para ir a trabajar mañana temprano.

— Puedes contar conmigo. — Le hice un gesto con la cabeza y salió de la habitación, dejándome sola para que tuviera derecho a asustarme.

Dejé la maleta y subí por el lateral de la habitación por las escaleras de madera hasta el entresuelo, donde había una cama con dosel y una preciosa colcha de una tela verde oscura que brillaba por los bordados.

— Sí, unas vacaciones pagadas. — Me tiré en el mullido colchón sin preocuparme de que todo no resultara tan increíble como parecía.



MICAELA

Capítulo 2

Me desperté muy temprano y, en cuanto me había lavado los dientes y cambiado para empezar el día, alguien llamó a mi puerta y fui a abrir, sin sorprenderme de encontrar a Cesare.

— ¡Buenos días!

— Me alegro de que estés preparada. — Me dedicó una sonrisa amistosa que me animó.

— Llegaré a tiempo.

— Buena observación. — Me di cuenta de que me analizaba con la mirada, yendo de la punta de los pies a la cabeza.

Sentí un escalofrío y temí que algo anduviera mal con mi ropa. Había elegido un traje formal de la antigua marca para la que trabajaba y esperaba que no fuera un gran error.

Después de que Cesare suavizara su expresión, acabé haciendo lo mismo, pero contuve un suspiro de alivio. Era demasiado pronto para celebrarlo.

— El señor Neri ya está esperando. — El hombre me hizo un gesto para que le siguiera y le seguí por el pasillo del palacio.

Era difícil no maravillarse completamente por el lugar, ya que aún se conservaba gran parte de su estructura original. Los frescos del techo eran maravillosas obras de arte que pude pasarme horas admirando.

Me detuve unos segundos cuando pasamos junto a una ventana desde la que podía ver el río Arno y dos puentes que lo cruzaban. La vista era preciosa. El tiempo estaba nublado y el sol que intentaba abrirse paso entre las nubes provocaba un majestuoso efecto luminoso que se complementaba con las pisadas que cruzaban el horizonte en vuelo libre.

Una brisa entró por la ventana y me hizo aspirar el aire, dejando escapar un suspiro.

Tenía la sensación de que aquel mes en Florencia sería inolvidable, pero aún no sabía cuánto.

— ¿Señorita?

Parpadeé y me di cuenta de que Cesare me estaba esperando.

— Lo siento. — Fruncí el ceño al darme cuenta de que probablemente había divagado demasiado.

— No queremos impacientar al Sr. Neri.

— Por supuesto que no.

— Por aquí. — Me hizo una señal y caminé hasta detenerme frente a una gran puerta.

En cuanto me detuve, me invadió un extraño escalofrío que me subió desde la base de la columna vertebral y me dejó completamente tiritando. La sensación tardó un rato en pasar, pero no pensé que tuviera que preocuparme por ello.

Cesare abrió la puerta y entró, haciéndome señas para que le siguiera.

— Nuestra mesa está aquí—, anunció.

Esperaba muchas cosas cuando entré en el despacho de un importante empresario del cuero, pero desde luego mi mente no preveía algo tan oscuro. Las ventanas estaban completamente tapiadas y tardé un rato en encontrar algo más allá de la profunda oscuridad.

El escalofrío de antes se hizo aún más intenso cuando, rodeado de sombras, encontré a un hombre sentado en la mesa central. Era imposible distinguir su rostro, pero podía ver la silueta de hombros anchos y pelo corto.

— Arabela... — Oí un susurro profundo y masculino, casi como si el viento me hablara al oído.

Parpadeé y vi unos ojos rojos tan cerca de los míos que parecía que iban a fundirse en algún momento.

Contuve la respiración y volví a parpadear, entonces todo desapareció como si fuera un sueño momentáneo, aunque estaba despierta.

Volví a parpadear y se encendió una lámpara cerca del hombre. Llevaba un traje impecable, con una corbata roja y ajustada como si le molestara. Su pelo era tan oscuro como una noche sin luna y su barba tan perfectamente cuidada que podría haber sido pintada por uno de los talentosos artistas que han ocupado esa ciudad a lo largo de los años.

— Sr. Neri... — Abrí la boca para hablar y, por mucho que mis labios se movieron al oír su nombre, tuve la sensación de no haber emitido ningún sonido.

No era mi primer trabajo y estaba acostumbrada a tratar con gente excéntrica en el mundo de la moda. Milán estaba lleno de locos que tenían sus propias peculiaridades, pero aquel hombre...

Las sensaciones que sentí delante de él no se pueden expresar con palabras.

Eso es muy extraño...

Miré hacia atrás buscando a Cesare, pero todo lo que vi fue la puerta cerrándose, como si me hubiera dejado allí sola con una bestia.

— Tardó tanto... — El hombre se levantó del sillón de cuero, dio un paso hacia mí y, por un impulso lleno de tanto miedo que me revolvió el estómago, retrocedí tres pasos.

— Lo siento si crees que llego tarde, te prometo que no volverá a pasar.

— Llevo cinco siglos esperando. — La voz grave me retorció las entrañas y me aterrorizó aún más.

¿Cómo?

Empezaba a pensar que este tipo sin duda superaría cualquier tipo de excentricidad que hubiera visto.

— Arabela... — Ese nombre que resonó en toda la sala me puso aún más la piel de gallina.

Lo único que podía pensar era que lo mejor sería salir mientras pudiera, aunque

normalmente no era tan miedosa.

— Creo que te equivocas —, conseguí decir por fin, aunque mi voz era tan temblorosa como los latidos de mi corazón.

Me alejé hasta que sentí la madera de la puerta contra mi espalda. Extendí la mano hacia el picaporte, preguntándome cuánto tiempo tendría que correr antes de que él pudiera rodear la mesa y alcanzarme. Desde luego, no el suficiente y eso me congeló aún más.

— Me llamo Micaela Benni.

Se puso de pie y el peso de sus ojos hizo que mi corazón dejara de latir, aunque a esa distancia no podía verlos bien, sobre todo porque había una sombra proyectada por sus cejas que los ocultaba.

— Ah, sí. — Su tono cambió por completo y el ambiente de la habitación pareció aligerarse un poco, aunque las vibraciones seguían aterrorizándome. — Creo que te he confundido con otra persona.

¿Alguien a quien ha estado esperando durante siglos?

Intenté imaginar que utilizar esa expresión era sólo una forma de decirlo y no un hecho literal.

— Cesare dijo que te había contratado para un trabajo temporal.

— Sí, he contestado a un anuncio.

Me froté las manos, tratando de deshacerme del sudor frío que las tenía pegajosas y aumentaba mi malestar.

— ¿Dónde están mis modales? — Soltó una risa seca que no me tranquilizó mientras le veía dar pasos tranquilos hacia mí.

La puerta estaba cerrada y dudaba que pudiera abrirla a tiempo para evitar algo.

— Soy Tommaso Neri.

— Sí, lo sé.

— Es un placer, señorita Micaela Benni. — Me ofreció la mano y la miré fijamente antes de estrechársela.

Otro escalofrío me recorrió cuando sentí lo fría que estaba la palma de su mano. Sus largos dedos envolvieron mi mano y también pude ver lo fuerte que era, aunque no me estuviera apretando. Se dio la vuelta para besarme el dorso y sus labios rozaron mi piel.

Estaba asustada, pero aquel beso delicado y caballeroso me mantuvo anestesiada durante los segundos que me tocó así. La necesidad de huir y la desesperación desaparecieron, como si ya no existiera el impulso de retroceder. Pero en cuanto se apartó, todo volvió con la misma intensidad.

— ¿Vas a ser mi secretaria?

— Sí, señor. — Tragué saliva e intenté sonreír ligeramente.

— ¿Tiene experiencia en este campo?

— Sí. — Me pregunté si tendría el currículum que le había enviado a Cesare, pero era obvio que el tipo no tenía ni idea de quién era yo. Tal vez realmente estaba esperando a alguien que no fuera yo.

— Voy a pedirle a Cesare que te acompañe a la fábrica para que conozcas el negocio.

— Suena muy bien. — Sacudí la cabeza como si fuera un desconocido, pero seguía bajo un efecto muy extraño que esperaba que no durara mucho.

La puerta se abrió detrás de mí y casi me caigo de espaldas al suelo del pasillo mientras me tambaleaba para equilibrarme.

— ¿Señorita?

— Cesare. — Le dediqué una sonrisa amarilla.

¿Estaba ese hombre detrás de la puerta escuchando todo el tiempo? Eso lo hacía aún más extraño.

— Ven conmigo.

— Sí.

¡Obvio! ¡Por favor! Cualquier cosa para deshacerse de esa sensación de locura.

Cuando la puerta del despacho de Tommaso se cerró tras de mí, dejando al hombre dentro, fue como si me hubiera quitado el peso del mundo de encima.

Me apresuré a seguir a Cesare como si temiera volver a quedarme a solas con aquel hombre.

Me había precipitado pensando que mi mes en Florencia sería sólo unas vacaciones con la oportunidad de trabajar con cuero italiano.



TOMMASO

Capítulo 3

Rugí mientras pasaba la mano por la mesa y tiraba una botella de vino al suelo.

Miré la mancha roja que se había formado en el suelo y el dolor combinado con la furia volvió latente a mí, más afilado que una estaca.

Esa sangre era mi corazón escurriéndose lentamente mientras ella daba sus últimos respiros.

— Tommaso...

Cesare apareció detrás de mí, me volví hacia él con toda mi velocidad sobrehumana y volví a resoplar.

— No sabe quién soy.

— Sabíamos que ocurriría.

Me abalancé sobre él y le agarré del cuello, elevándolo tanto en el aire que sus pies dejaron de tocar el suelo.

— No has hecho bien tu trabajo.

— Lo hice, señor. ¡Es ella! Usted la ha visto.

Le suelto, haciendo que su cuerpo caiga al suelo con un ruido sordo.

— La bruja te aseguró que Arabela volvería con el mismo aspecto. Están exactamente igual.

— Pero... — Apreté los puños, sintiendo que mi corazón inhumano se estrujaba aún más. — He esperado tanto tiempo...

— Ten un poco más de paciencia, Tommaso.

— ¡La quiero! — rugí.

Lo había hecho todo para asegurarme de que algún día volvería a tener entre mis brazos a mi gran amor, pero nada me dolía más que verla mirándome como si fuera un completo desconocido.

Después de todo lo que habíamos compartido...

— Los humanos no recuerdan sus vidas anteriores, es normal.

— ¿Y cómo hago que lo recuerde?

— Me temo que no es tan sencillo.

— Yo sólo...

Cerré los ojos, recordándola desnuda, tumbada sobre una sábana que sólo ocultaba su sexo mientras su pelo castaño y rizado se extendía sobre la hierba verde después de habernos amado

durante toda una noche.

Aún tenía imágenes vívidas de ella en mi mente, incluso después de tantos años.

El anhelo dentro de mí era desesperado por envolverla en mis brazos y tomarla para mí como solía hacer cuando éramos amantes.

— ¿Dónde está? — Intenté pasar a su lado, pero mi fiel empleado me puso la mano en el pecho, deteniendo mi brusco movimiento.

— La llevé a su habitación y le di unos papeles para que se entretuviera.

— ¡Quiero verla!

— Cálmate. — enfatizó mientras me sujetaba. — Te pido que tengas un poco más de paciencia. No querrás que huya de ti, ¿verdad?

— No... — Me retiré, volviendo a mirar el vino que había derramado en el suelo. — No puedo perderla otra vez.

— Eso no pasará si sabes cómo actuar. Paciencia, Tommaso. Ya te equivocaste una vez y no quieres que vuelva a ocurrir.

No, no quería...

— Me lo tomaré con calma.

— Es lo mejor que puedes hacer ahora mismo.

Cerré los ojos y recordé su sonrisa mientras me miraba fijamente; lo más importante era que estaba aquí después de tanto tiempo.

No podía cometer el mismo error.



MICAELA

Capítulo 4

Me desperté con un escalofrío recorriéndome la espalda y abrí los ojos. Podía ver las siluetas oscuras de los muebles en la penumbra y vi la cortina de la ventana abierta. La tela se agitaba e imaginé que de allí había venido la ola de viento que me despertó.

Yo no era de las que creían en fantasmas o cosas así. Siempre pensé que había que tener miedo de los vivos, que eran personas que podían hacer cosas y hacernos daño. Pero mientras me sentaba en la cama y me abrazaba las rodillas, empecé a replanteármelo.

¿Estaba embrujado ese palacio?

¿Cuánta gente había estado ya allí?

¿Podrían haber muerto allí?

Micaela, ¡no viajes!—, contuve mi pensamiento idiota antes de empezar a ver cosas donde no existían. Aquello no era más que una residencia como todas las de la ciudad. Estaba muy acogedora y cómoda.

La loca impresión que tenía de Tommaso Neri no duraría mucho, al menos eso esperaba.

Me tumbé en la cama e intenté volver a dormirme, pero estaba tan inquieta, dando vueltas de un lado a otro, que resultó un esfuerzo inútil. Así que me levanté y me acerqué a la ventana para cerrarla.

Admiré la luna, estaba llena y era tan amarilla que parecía tener vetas de oro. Me gustaba la noche, me sentía bien contemplándola, pero toda la oscuridad de aquel lugar me provocaba más escalofríos.

Decidí salir de la habitación, aunque algo dentro de mí me gritaba que no lo hiciera.

La curiosidad mató al gato, Micaela—, murmuré para mis adentros, tratando de contenerme. Con todas aquellas sensaciones que me infundían miedo, era mejor no jugar a la exploradora en mitad de la noche.

¿Conoces esa escena de las películas de terror en la que la damisela camina por el oscuro pasillo con la música tensa intensificándose a cada momento y todo el mundo gritando para que se vaya? Yo me sentía así, pero había algo dentro de mí. Una extraña llamada que no podía entender en ese momento y que me impulsaba a hacer algo estúpido.

Yo era una mujer inteligente, al menos eso es lo que he creído toda mi vida. Siempre tomaba mis propias decisiones y buscaba el mejor camino para mí, salvo que éste tuviera que incluir no entrar en palacio cuando mi instinto me lo advertía.

Si le contara a mi madre las sensaciones que tuve al ver a Tommaso, me gritaría y me diría que me fuera a casa cuanto antes. Pero yo tenía curiosidad y probablemente ese sería mi mayor error.

Sabía adónde ir, por muy descabellado que pareciera. Encontré una pequeña escalera a un

lado del pasillo. Era muy empinada y tuve que agarrarme a la pared para subir hasta una puerta de hierro.

No había ninguna señal de prohibido el paso en el lugar, pero la advertencia interna dentro de mí me hizo reaccionar como si la hubiera. Un lugar oculto como ese no debería guardar cosas buenas. ¿Qué descubriría allí sobre Tommaso?

¿Era un maníaco que mataba a sus secretarias y las metía en el desván?

Me encogí de miedo. Era hora de dejarse de tonterías porque podía tratarse de algo muy grave.

Empujé la puerta y avancé hacia el interior de aquel lugar terriblemente oscuro. A diferencia del resto del palacio, no parecía haber ventanas. Sin embargo, no percibí el fuerte olor a polvo y moho que esperaba de un lugar abandonado, lo que indicaba que al menos alguien había venido a limpiar.

Busqué el móvil en el bolsillo del pijama y encendí la linterna para ver lo que me rodeaba. Había muebles viejos, pero eso no fue lo que me dejó con los ojos y la boca abierta.

— ¿Cómo?

Lo que vi me hizo pensar que estaba en el sueño más jodido de toda mi vida. En la pared había un cuadro mío, una especie de desnudo renacentista, con mis pechos, mis muslos y sólo mi vagina cubiertos por un trozo de sábana.

— ¿Qué coño?

Lo peor es que ese cuadro no era el único, había al menos otros seis, casi como un desplegable de revista masculina.

Parpadeé varias veces y me pellizqué para asegurarme de que no estaba en un sueño extraño. Que yo supiera, no había fotos mías desnuda en Internet y era imposible que retrataran tan fielmente mis rasgos, incluida una marca de nacimiento en forma de media luna en el lado izquierdo de la cintura.

Empecé a dar unos pasos hacia atrás, era demasiado extraño y lo mejor sería que me marchara lo antes posible.

Se acabaron las vacaciones en Florencia, Micaela—, me dije.

Ocurrieron cosas terribles cuando ignoramos el instinto de correr y será mejor que no cometa ese error.

Me di la vuelta para correr, pero en cuanto di un paso, choqué con un rígido muro de ladrillos helados que me produjo escalofríos. El impacto me arrancó el móvil de la mano y cayó con la luz de la linterna hacia abajo.

— Arabela... — ese nombre fue susurrado de nuevo, dejándome aún más confundido.

Levanté la cabeza, aunque temblaba de miedo, y me encontré con unos ojos rojos que me aterrorizaron aún más.

— ¿Vas a matarme? — La pregunta escapó de mis labios y durante unos segundos sonó como la cosa más loca del mundo, pero teniendo en cuenta la situación, parecía bastante

probable.

¿Qué clase de cosa era Tommaso Neri y cuánto tiempo llevaba morreándome?

— No cometeré el mismo error. — Sus dedos helados se deslizaron por mi mandíbula.

¿Cómo?

Aquella historia no hacía más que empeorar.

Necesitaba irme, salir de allí lo más rápido posible, pero sentía las piernas congeladas, como si algo las inmovilizara contra el suelo.

— ¿Qué es usted? — Me costó mucho esfuerzo hacer esa pregunta y me daba mucho miedo la respuesta.

¿Un monstruo? ¿Un demonio?

— Hay varias respuestas a esa pregunta. — La voz grave se proyectó en el espacio cerrado y lo hizo aún más fuerte y aterrador.

— Empieza por lo que menos me asuste.

Se acercó y yo estaba demasiado paralizada para correr. Se me erizaron los pelos y mis terminaciones nerviosas se volvieron aún más sensibles cuando sus dedos recorrieron el costado de mi brazo hasta tocar los míos.

— Soy alguien que te ama desde hace mucho tiempo.

— ¿Me quieres? — La pregunta era automática. Era absurda.

— Sí. — Su boca se acercó a mi oído y pude sentir las venas de mi cuello saltar, casi como si se sintieran atraídas por él.

— ¿Eres algún tipo de acosador que me ha hecho fotos desnuda? Nunca me he hecho fotos así. ¿Cómo te las arreglaste?

— Lo pinté.

Era un artista excelente, pero eso no viene al caso ahora.

— ¿Cómo?

— Aterrizaste sobre mí.

¿Pero qué? Aquella conversación se estaba volviendo cada vez más loca.

— Creo que recordaría haber posado desnuda para que un loco me pintara. Aparentemente eso no pasó ni una vez.

— Había muchos...

Por mucho que no recordara haberlo hecho, mis mejillas se ruborizaron de inmediato. Era desconcertante imaginarme desnuda mientras aquel hombre representaba mis líneas de forma muy gráfica. Algunos de los cuadros eran casi ginecológicos.

— ¿Alguien más ve estos cuadros?

— ¿Tienes miedo?

— Por supuesto.

Se rio ligeramente y, por un momento, el ambiente se relajó un poco y olvidé todo lo que me daba tanto miedo.

— Están bien guardados para mí.

— Mejor...

Respiré hondo y me agaché para coger el móvil. Necesitaba salir de allí y pensé que si lo hacía despacio le adelantaría.

— Creo que es hora de que me vaya.

— Arabela. — Volví a estremecerme cuando me agarró del brazo.

— ¿Por qué me llamas así? — Me molestó, por mal que sonara. — Me llamo Micaela.

— Eras Arabella cuando hice estas pinturas.

— ¿Crees que era una actriz porno que usaba un seudónimo?

Se rio y no era una broma.

— Por supuesto que no, *milady.*

— Déjame pasar. — Tiré de mi brazo y me dejó pasar.

Era hora de dejar de probar hasta dónde podía llegar la situación.

Bajé corriendo las empinadas escaleras lo más rápido que pude, arriesgando caerme, y volví a la habitación donde estaban mis cosas.

Tiré la maleta sobre la cama y empecé a guardarlo todo lo más rápido que pude. Si me iba, podría fingir que todo esto no había ocurrido mientras seguía tranquilamente con mi vida en Milán.

Si aquel maníaco volvía a acercarse a mí, hablaría con mi tío, que era policía. Conseguirían algún tipo de orden de protección para que yo no corriera peligro, aunque en el fondo tenía la sensación de que la policía podría no ser suficiente.

Tuve que sentarme sobre la maleta para que se cerrara, porque de todas formas lo había metido todo dentro. Sólo después me di cuenta de que seguía en pijama, pero era mejor no perder tiempo cambiándome. Podía hacerlo en el baño de la estación mientras esperaba el tren para volver a casa.

Arrastré la maleta por el pasillo y, en cuanto doblé la esquina y me dirigí al ascensor, apareció delante de mí.

— ¿Cómo lo has hecho? — Me llevé la mano libre al pecho al sobresaltarme.

— Arabela...

— ¡Ese no es mi nombre!

— Lo siento, Micaela.

— Por favor, quítate de mi camino.

— ¿Adónde vas? — Parecía ligeramente irritado.

— Sí, claro. Claro que sí.

— No puedes irte.

— Sí que puedo. Soy un adulto y respondo de mis decisiones. Ahora apártate de mi camino si no quieres que llame a la policía.

— Por favor... — Hubo un tono suplicante que me hizo levantar la cabeza y volver a mirarle a los ojos. Aunque seguían siendo rojos, parecían menos aterradores.

— No sé lo que estás haciendo, pero esta no es la clase de situación que imaginé cuando acepté el trabajo.

— Me explico. — Alargó la mano para tocar la mía y esta vez, en lugar de estremecerme entera, sentí que el corazón se me paraba y luego me latía muy deprisa, casi como si se me fuera a salir por la boca.

No tenía ni idea de cómo conseguía tener tal efecto en mí, pero estaba claro que quizá ni siquiera él lo sabía.

— ¿Qué hay que explicar?

— Deja tu maleta y ven.

Dije que no, aún temerosa.

— Te prometo que no te haré daño.

— Apuesto a que eso es lo que dicen los asesinos antes de cometer un crimen.

— He cometido demasiados, pero he esperado demasiado para recuperarte.

— ¿Muchos qué? ¿Asesinatos? Hombre, déjame ir. — Intenté pasar, pero ese muro seguía entre el ascensor y yo.

— Te prometo que te dejaré ir, si eso es lo que quieres, después de escuchar lo que tengo que decir.

— ¿Lo prometes?

Asintió con la cabeza.

— Sé breve.

— ¿Por qué no vuelves conmigo?

— ¿Volver a dónde?

— La sala de pintura.

— ¿Por qué tenemos que ir allí? Estoy bien aquí.

— Ahí es donde guardo los objetos que eran tuyos.

— ¿Mis qué?

— Sí.

— No dejé nada ahí.

— No en esta vida.

Aquella historia era cada vez más extraña y no imaginaba que se aclararía a medida que él hablaba.

— Por favor, ven conmigo. — Me ofreció suavemente la mano, esperando que la cogiera, pero me lo pensé mucho antes de hacerlo. Lo que estaba ocurriendo me parecía ilógico, pero en el fondo sentía una curiosidad que no podía reprimir.

— ¿Me dejarás ir después de eso?

— Lo haré.

Como si no fuera capaz de mentir. La advertencia estaba en mi mente, pero la ignoré tomando la fría mano del hombre y dejando que me llevara de vuelta a la habitación apartada donde estaban mis desnudos.



TOMMASO

Capítulo 5

Cesare diría sin duda que lo hacía todo mal, pero era difícil contener mis impulsos cuando estaba delante de ella.

Para alguien que tiene la eternidad por delante, debería ser fácil ver pasar los años, pero eran demasiado lentos y sentí cada minuto mientras esperaba ese momento. Llevaba cinco siglos memorizando la hora de la puesta de sol y contando la gente que entraba y salía de la ciudad.

La esperanza de volver a tenerla se desvanecía poco a poco y cada vez me culpaba más de mi error. Había acudido a una bruja, había hecho un trato y ella me había prometido que Arabela volvería a mí. Pero la gente mentía, independientemente de su naturaleza mágica.

Aunque todo indicaba que no iba a suceder, Arabela estaba por fin allí, de nuevo conmigo. Respirando, viva y mostrando toda su fuerte opinión que me había encantado la primera vez.

Aún más hermosa de lo que recordaba...

Solté su mano con cierto pesar y me acomodé en un viejo sillón que ya había tomado la forma de mi cuerpo de tanto tiempo que había pasado allí sólo contemplando sus imágenes y recordando sus rasgos. La había rodeado tantas veces con mis manos que durante mucho tiempo sólo me quedaron recuerdos.

— Quédate aquí. — Encendí un candelabro, dejando que las llamas de las velas parpadearan, iluminando la habitación, pero manteniendo algunas zonas en una penumbra amarillenta.

No les había permitido tocar esa habitación, ni siquiera instalar una luz eléctrica. Era mi entorno con ella y quería que permaneciera igual que mis recuerdos.

— ¿Cómo sabes que tengo una marca de nacimiento? — Por reflejo, se puso la mano en la cintura en el lugar exacto.

— La he besado mucho—, se me escapó, y mis palabras hicieron que se sonrojara.

— Si hubiera tenido sexo contigo, lo recordaría.

— No es tan sencillo. — Respiré hondo, intentando medir mis palabras y pensar en lo que diría a continuación, pero era demasiado difícil.

— ¿Por qué no?

— ¿Cree en la reencarnación?

Ella abrió los ojos.

— Soy católica.

— Lo supuse. — Esbocé una sonrisa amarilla.

Por mucho que hubiera crecido en la cuna del cristianismo, algunas creencias diferían de lo que se predicaba y el hecho de que Arabela estuviera frente a mí lo demostraba.

— Así que quieres decir... — Contuvo la respiración mientras juntaba los extremos de su cabeza.

Inteligente, tal como lo recordaba.

Asentí, confirmando la suposición que se había formado en sus pensamientos, pero ella no lo verbalizó.

— ¿Cómo es posible?

— Hay cosas que no podré explicar.

— ¿Así que ésta es Arabela? — indicó los cuadros.

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Alrededor del siglo XVI.

— ¡Estás de broma! — exclamó, casi saltando de la silla.

Pacientemente, negué con la cabeza.

— ¿Así que encontraste estas pinturas y estabas buscando a una mujer como ella sólo porque estás loco? Esa coincidencia es extraña, pero pensar que esta mujer de las pinturas del siglo XVI es una vida pasada mía, eso no...

— Eres tú, Ara... Micaela. — Me mordí la lengua, saboreando mi sangre espesa.

Era como si por fin estuviera frente al tesoro que tanto había anhelado y de repente hubiera aparecido un muro invisible que me impedía tocarlo.

— Mira, amigo, es en serio. No voy a caer en la trampa.

Respiré hondo con mi presa clavándome la lengua mientras las venas de mi cuello estallaban. Si hubiera sido cualquier otra mujer, la habría decapitado por ser tan incomprensible, pero soñaba demasiado con volver a verla como para perderlo todo de nuevo por estar fuera de control.

— Fui contratado por su familia para restaurar y ampliar el antiguo palacio, que ahora es un museo en la Piazza della Madonna. Yo no tenía un perfil alto como muchos otros nombres del Renacimiento, era un alumno del equipo del artista y arquitecto Giorgio Vasari. Fue entonces cuando la conocí...

— ¡Un momento! — Micaela me interrumpió. — ¿Cuántos años hace de eso?

— Más de cuatrocientos.

— ¿Y tú estabas allí?

Asentí con la cabeza y mantuve una postura seria.

Micaela se echó a reír y yo di un paso atrás, sorprendido por su reacción.

— Basta, es feo.

— Tienes que creerme. — Gruñí, inclinándome hacia ella y mis colmillos salieron, grandes y puntiagudos.

Micaela se agarró al brazo del sillón y retrocedió, completamente asustada por mi reacción. No había sido mi intención hacerle eso, pero se me fue de las manos.

— ¿Qué es usted?

— En esta u otra encarnación, siempre has sido una mujer inteligente.

La palabra exacta no tardó en salir de sus labios.

— ¡Los vampiros no existen!

— Estoy delante de ti.

— En la... no... — Se abrazó a sí misma, como si una corriente de viento hubiera entrado en la habitación, pero no había ninguna ventana.

— Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que te vi... — Continué mi relato, a pesar de que el miedo y la incredulidad saltaban de sus ojos. Ya no sabía qué hacer para convencerla, así que sólo me quedaba decirle la verdad. — Vasari me había encargado recibir el suministro de material para teñir por la mañana. El material llegaría por el puerto y llegaría en carruaje a palacio. Estaba de guardia, esperando, cuando te vi en la ventana del carruaje. Eras la mujer más hermosa que mis ojos habían visto jamás...

— ¿Pasión a primera vista? — Me interrumpió de nuevo.

— Parece que no lo crees.

— Es muy poco realista.

— Ah, ¿sí? — Me crucé de brazos y ella se me quedó mirando sin decir nada, dejándome reanudar la narración. — Habías sido enviada a un convento por tu padre Juliano de Médicis cuando eras muy joven y volviste en esa fecha para las celebraciones que tenían lugar en la plaza. Fue entonces cuando nos acercamos y nos involucramos.

— ¿En el siglo XVI?

— Sí.

Seguía oscilando entre el pensamiento y la incredulidad total, pero el hecho de que le picara la curiosidad la llevó a hacerme preguntas, a pesar de que estaba claramente asustada.

Su cabeza giró de un lado a otro, diciendo que no mientras lo procesaba todo.

— ¿Vampiro?

He dicho que sí.

— ¿Desde cuándo?

Sufrí una caída mientras estaba en uno de los andamios colocando una de las esculturas del techo del palacio cuando me encontró Edmund Wolmir, un noble inglés muy amigo de tu familia. Él me transformó y fue un comienzo muy problemático hasta que conseguí hacer frente a la sed y a todos los instintos que regían mi nueva naturaleza.

Micaela tragó saliva y sus ojos se abrieron de par en par, pero siguió mirándome fijamente, como si mirarme fuera la mejor manera de no hacerse daño.



MICAELA

Capítulo 6

¡¡¡VAMPIRO!!!

Y yo que pensaba que la situación no podía empeorar. Cada vez que abría la boca, se me hacía un nudo en la cabeza. Crecí creyendo que los vampiros, las brujas, los hombres lobo o cualquier otro tipo de criatura no eran más que una fuente de creatividad humana y creencias populares sin ninguna base real. Quería decir que Tommaso no estaba siendo muy convincente, pero era todo lo contrario.

Esos colmillos, esos ojos...

Miré rápidamente hacia la puerta. Teniendo en cuenta lo rápido que se movía, era probable que me cortara el cuello antes de que pudiera levantarme. Me llevé las manos al cuello en un tonto intento de protegerlo.

— ¿Vas a matarme?

— No... — Respiró hondo y mantuvo su postura seria. — Otra vez no.

— ¿A qué te refieres? — Su respuesta me sobresaltó y mi corazón volvió a acelerarse.

— No era mi intención. — Bajó la mirada, fija en el suelo, como si le pesara mucho recordar el hecho.

— ¿Qué había pasado? — Era una pregunta terrible en ese momento, pero ya me había dicho tantas cosas que quería saber.

— Después de convertirme, desaparecí durante un tiempo y pasé dos meses en Inglaterra con mi creador. Edmund dijo que era importante que aprendiera a controlar mis instintos antes de volver a socializar con los humanos que me rodeaban. Además de toda la readaptación que es necesaria cuando cambias. No desaparecí del todo, intercambiamos cartas que siguieron alimentando nuestro amor, pero antes de volver, me advertiste de que tu padre pretendía enviarte de nuevo al convento. Ninguno de los dos quería eso, así que volví. Te conté lo que me había pasado y me pediste que te convirtiera para que pudiéramos pasar la eternidad juntos, pero fracasé... Un vampiro recién creado no tiene suficientes habilidades para crear otro.

— Así que está muerta—, concluí con una deducción muy lógica.

Asintió con la cabeza.

Volví a tragar saliva, sintiendo como si tuviera algo atascado en la garganta, sacándome todo el aire. Si él la había matado, ¿qué pasaría conmigo?

— Ahora me voy. — Intenté levantarme. Aturdida.

O aquel tipo era un maníaco con una imaginación muy fértil o lo que decía era cierto, en cualquier caso, era muy aterrador y sólo me indicaba que corría peligro estando cerca de él.

— Micaela... — Intentó sujetarme de nuevo y sentí que el corazón se me metía en la boca y luego volvía al estómago.

— ¡Suéltame! — gruñí.

Finalmente apartó sus dedos helados de mi muñeca y dejó que mi brazo cayera por su propio peso.

— Me voy.

— No es necesario.

— Sí, quiero irme. A menos que vayas a mantenerme prisionera aquí.

— No. — Dejó caer los ojos y su decepción fue evidente. — Nunca serás una prisionera.

Me dirigí a la puerta y casi resbalé en la pequeña y empinadísima escalera. Sólo quería coger mis cosas y salir de allí lo antes posible. Era difícil aceptar que me enfrentaba a un vampiro.

Un loco más, me aseguré, porque así sería más fácil lidiar con todo sin sentir que me estaba volviendo loca.

— ¡Micaela, espera! — Tommaso reapareció detrás de mí y pude sentir un ligero aliento en el cuello que me heló la espina dorsal.

Cada vez me aterrorizaba más estar cerca de aquel hombre, y al mismo tiempo había sensaciones que me dejaban confusa. Tal vez fuera por la falsa historia que me había contado. Yo no había sido una doncella de los Medici en otra vida, y mucho menos había experimentado una tórrida pasión con un pintor que me mató intentando convertirme en una vampiresa igual que él.

No...

En absoluto.

— Me prometiste que podría irme después de contarme tu historia. Ahora te he escuchado y quiero irme.

— No quería que huyeras así. — Sus dedos subieron lentamente por mi antebrazo y me estremecí como si fuera una roca de hielo.

La sensación era muy extraña, porque al igual que tenía miedo, sentía una inquietud en mi interior que no sabía exactamente de dónde procedía. Por extraño que fuera, era un hombre increíblemente guapo y algunas reacciones sólo podían ser instintivas.

— ¿Vas a matarme? — Dejé que la pregunta resonara por el ancho y oscuro pasillo de aquel palacio.

— No volvería a correr ese riesgo. — Acercó su boca a mi cuello y dejé de respirar, intentando que la sangre se calmara en mis venas, pero la adrenalina era tan alta que mi corazón sólo latía más rápido.

— Déjame ir...

— Está bien. — Se dio la vuelta enseguida, adoptando una postura fría y más distante, como si de algún modo hubiera renunciado a intentar convencerme. — Deja que haga que Cesare te acompañe. Es mejor que no salgas sola a esa hora.

— ¿Cesare también es un vampiro? — pregunté por reflejo sin dar crédito a mis palabras, porque estaba considerando la verosimilitud de todo aquello.

Si Tommaso era realmente un vampiro, también cabía la posibilidad de que el resto de la historia fuera cierta.

— No. Sólo es un buen empleado.

— DE ACUERDO.

Por un momento tuve la sensación de que había desaparecido del pasillo y mi corazón se frenó un poco, aunque no me atreví a mirar atrás. Todo aquello era demasiado demencial y seguía esperando el momento en que me despertara y me diera cuenta de que acababa de tener el sueño más loco de la historia.

Como congelado, permanecí varios instantes en medio del pasillo hasta que oí una voz que me hizo dar un respingo de susto.

— ¿Señorita Micaela?

— ¿Cesare? — Me di la vuelta y vi al hombre de pie en el pasillo, algo despeinado y con la ropa de alguien que también estaba dormido.

— ¿Segura que quieres irte?

— Sí, lo estoy.

— Vale, te llevaré a un hotel a pasar la noche. Puedo llevarte a un hotel a pasar la noche.

— ¡No! Quiero ir a la estación.

— Es medianoche y no hay trenes a Milán a esa hora.

— Puedo esperar allí. — Crucé los brazos en una postura inflexible.

— Todavía estás en pijama.

— Me cambio en el baño.

— Señorita.

— Cesare, por favor...

— DE ACUERDO. — Asintió con la cabeza y se adelantó, cogiendo mi bolso para llevarlo al ascensor.

Lo único que quería era estar lo más lejos posible de toda esa locura.



TOMMASO

Capítulo 7

Me hundí en el sillón de mi habitación, agitando entre los dedos un vaso con un líquido rojizo que parecía vino, pero procedía del suministro hospitalario de la ciudad. Tenía un viejo conocido que trabajaba en el banco de sangre y que me suministraba una cantidad razonable para mantenerme alimentado sin tener que andar a la caza por la ciudad.

He tenido varias versiones de mí mismo, pero la más sanguinaria e incontrolada llegó poco después de la muerte de Arabela. El dolor del duelo, amplificado por los instintos vampíricos exacerbados, me desvió por completo por un camino muy oscuro y devastador.

En aquella época estuve a punto de atraer a los cazadores a Florencia, pero fue Edmund quien me ayudó a controlarme y me presentó a una bruja que me prometió que Arabela volvería a mí. Me sometí a ser su sirviente durante un siglo para que la bruja me hechizara de modo que en la próxima vida Arabela viniera con la misma forma y fuera fácil reconocerla.

Durante todo este tiempo había estado esperando, aferrándome con fuerza a la expectativa de que volveríamos a ser como antes, de que recuperaría a mi gran amor. Sin embargo, la frustración ante su reacción de miedo e incredulidad era un sentimiento abrumador que podía llevarme a tocar fondo de nuevo.

— Señor...

Levanté la cabeza y enseñé los colmillos cuando Cesare se atrevió a aparecer en la puerta de mi habitación.

— Será mejor que salgas de aquí—, advertí, resoplando.

— Acabo de dejarla en la estación. Estará bien...

— Nada va a salir bien. — Envolví la taza a mi alrededor y apreté hasta que el cristal se hizo añicos, haciendo que la sangre corriera por mi mano y empapara el suelo.

— Señor, tenga un poco más de paciencia —intentó detenerme.

— Estoy cansado de ser paciente. — Moví la mano y dejé caer los fragmentos y, por miedo, Cesare dio un paso atrás.

— Por favor, Tommaso.

— ¡Basta ya! — Me puse de pie, completamente rendido a la bestia desenfrenada dentro de mí.

Me había controlado durante tanto tiempo con la esperanza de que Arabela volviera a mí, pero yo era un monstruo desconocido para ella. Así que ese era exactamente el monstruo que iba a ser.

— Señor...

— ¡Fuera de mi camino!

— Tommaso.

Gruñí enseñando los colmillos y él se apartó un paso, sabiendo que intentar detenerme era una idea muy estúpida y sólo conseguiría que lo matara.

Le adelanté con mi velocidad sobrehumana y salí del palacio, dejando abierta la puerta principal, por la que entraron unas cuantas hojas de la calle, impulsadas por el viento provocado por mi agilidad.

Era de madrugada y las calles estaban oscuras a pesar de la iluminación. No había mucha gente en las calles a esa hora y sentí que no tenía que preocuparme por el amanecer, que tardaría unas horas en llegar.

Vagué por la zona, perdido y sintiendo como si tuviera un agujero en el pecho que poco a poco se iba llenando con el salvajismo que había intentado reprimir. Los instintos vampíricos volvían con toda su fuerza y no intenté detenerlos.

Cerré los ojos, escuchando cada sonido, el ruido de las casas y el movimiento de la gente...

Podía oír claramente la respiración de los que dormían en las casas vecinas o incluso los ladridos de los perros.

Oí el ruido de los zapatos contra el suelo. Los tacones altos chasqueaban, resonando en mi cabeza. Me acerqué a ella, caminando como un demonio entre las sombras y atraído por el olor a sangre. Con cada uno de sus pasos, yo estaba más cerca.

En cuanto dobló la esquina, aparecí frente a ella, una prostituta con aspecto de acabar de pasar una gran noche de juerga.

Me moví tan rápido que ella ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de que mis colmillos rasgaran la piel de su yugular y la sangre empezara a fluir hacia mi garganta, caliente y llena de vida...

Saboreé cada gota, sorbiendo sin preocuparme de parar. Tragando, chupando y sintiendo cómo su vida se agotaba poco a poco.

Dejé caer el cuerpo inmóvil al suelo cuando no tuvo nada más que ofrecer y me limpié la sangre con el dorso de la mano.

Había renunciado a esperar y volvería a mi caótica eternidad.



MICAELA

Capítulo 8

En otro momento habría dormido sobre mi maleta extendida en un rincón de la estación de tren, pero seguía tan conmocionada por la información que había recibido y la historia que me había contado Tommaso que no pude conciliar el sueño en los días siguientes.

Cuando por fin subí al tren y metí la maleta en el maletero que había entre los vagones, busqué mi asiento y me acomodé. Volvía a casa y todo podía ser como estaba acostumbrada, sin pensar en que todas aquellas cosas habían ocurrido.

Eran las cuatro de la mañana, pero aun así decidí enviarle un mensaje a mi madre con la esperanza de que me contestara.

Micaela:

¿Puedes tú o alguien de casa recogerme en la estación de tren? Salgo de Florencia y llegaré en un par de horas si el tren no se retrasa.

Como había previsto, no contestó, estaba dormida y más me valía hacer lo mismo si no quería llegar a casa hecha un desastre. Pero en cuanto apoyé la cabeza en el cristal de la ventana, no pude cerrar los ojos ni dejar de pensar en todo lo que me habían contado.

Era evidente que tenía miedo. Cualquier otra persona en su sano juicio también lo tendría, pero la curiosidad también me producía una punzada de inquietud. Toda mi vida me habían enseñado que los vampiros, las brujas y otras criaturas no existían, que sólo eran leyendas contadas para asustar a los demás. Además, que cuando una persona moría iba al cielo o al infierno, no existía otro tipo de vida, y mucho menos la reencarnación, aunque otras religiones tuvieran un punto de vista diferente.

Pensar que había vivido en otra época de la historia y que había compartido mi cuerpo y mis secretos con aquel hombre seguía pareciéndome demasiado descabellado, por muy convincentes que fueran aquellas pinturas. Tenía que haber otra forma de que hubiera obtenido material para esas imágenes.

Mi marca de nacimiento...

Por reflejo, me llevé la mano a la cintura, donde sabía que estaba. Por supuesto, algunas personas me habían visto desnuda, desde médicos hasta parejas sexuales, pero eso no significaba que fuera una información que circulara con la suficiente libertad como para estar tan bien representada.

No dejaba de pensar que algún desnudo mío podía haber acabado en Internet y que Tommaso lo había utilizado para realizar esos cuadros, era mucho más fácil creer eso que pensar que podía estar diciendo la verdad.

Arabela Médici...

¿Fui realmente esa mujer en algún momento de la historia?

Saqué el móvil y escribí el nombre en una página de búsqueda, pero no encontré nada relevante, sólo una página reciente en una red social donde publicaban memes.

Será mejor que deje todo eso y me vaya a casa.

Cuando ya me pesaban los ojos y pensaba quedarme dormida, mi móvil vibró con un mensaje de mi madre.

Mamá:

¿Estación de tren?

Micaela:

El centro de Milán.

Mamá:

¿Vas a volver así? ¿A esta hora? Ha pasado algo.

Micaela:

Acabo de decidir que no quiero quedarme en Florencia.

Mamá:

¿A qué viene todo esto? Me dijiste que estabas enamorada de la ciudad y ahora me mandas un mensaje en mitad de la noche diciendo que vas a volver.

Micaela:

Llego sobre las ocho de la mañana.

Mamá:

¿Llamo a la policía?

Micaela:

¡Claro que no!

Mamá:

¿Qué ha pasado?

Micaela:

Nada, mamá. Sólo estoy volviendo.

Si no puedes recogerme, volveré en metro.

Mamá:

Yo te busco.

Micaela:

Gracias, hasta luego.

Respiré hondo mientras volvía a guardar el móvil en el bolso, tenía que inventarme una buena excusa para que mi madre creyera en una razón para mi inesperado regreso. Una que no tuviera que ver con vampiros o reencarnación.



MICAELA

Capítulo 9

De camino a casa, mi madre me hizo un millón de preguntas, que hice lo posible por esquivar. Lo único que dije fue que me había dado cuenta de que un trabajo temporal y un descanso del ajetreo de Milán no era lo que quería en ese momento. Me fui porque no podía perder el tiempo y tenía que encontrar otro trabajo enseguida.

Teniendo en cuenta lo temperamental e impulsiva que me comportaba a veces, mi madre acabó creyéndose la idea, pero no dejaba de intentar convencerme de que se había precipitado demasiado.

— No deberías haber salido corriendo de allí, hija mía —dijo mientras subíamos las escaleras del piso donde vivíamos, en la cuarta planta.

Mi padre trabajaba en un concesionario de coches y gracias a eso siempre tuvimos una buena vida. No éramos ricos, pero no nos faltaban cosas. Es más, todos en mi casa siempre me habían animado a seguir mi deseo y destacar en la industria de la moda. Es una pena que no fuera tan sencillo.

Entré en mi habitación y dejé mis cosas junto a la cama, ya tendría ocasión de desempaquetarlo todo más tarde, en aquel momento sólo quería dormir, porque había vuelto y creía que por fin estaba a salvo cerca de quienes había conocido toda mi vida.

***

— *Arabela...*

— Hmm... — Me desperté cuando alguien me llamaba, pero no era el nombre al que estaba acostumbrado, sino al que Tommaso me había hablado tanto. — ¿Cómo?

Me senté en la cama con un reflejo rápido y parpadeé, viendo a mi madre de pie frente a mí.

— ¿Micaela, hija?

— Ah, hola...

— Te comportas de forma extraña desde que decidiste volver. — Se inclinó hacia mí para analizarme mejor.

— Nada—, mentí. De ninguna manera iba a decirle por qué estaba así y confundir sus palabras con otras. — Estoy cansada porque no he dormido, eso es todo.

— Creo que debería haber esperado a venir al día siguiente.

— Ya me conoces. — Me rasqué la cabeza un poco torpemente.

— Le conozco muy bien. — Torció los labios. — La cena está servida y pensé que querrías comer algo, si no, puedes seguir durmiendo.

— ¿Qué hay para cenar? — Parpadeé y puse la misma expresión de interés que había

llevado desde niña.

— Carbonara.

— Claro que quiero. — Me levanté entusiasmada.

No rechazaría el condimento de mi madre por nada.

Sólo me lavé los dientes, porque tenía un sabor extraño en la boca, y me eché un poco de agua en la cara antes de ir al salón, donde mi padre ya estaba sentado en la mesa y mi hermano cambiaba de canal en la televisión.

— Me sorprendió cuando tu madre me dijo que habías renunciado a Florencia —dijo mi padre mientras sorbía su copa de vino acompañada de unos trozos de pan mientras esperaba a que mi madre sirviera la pasta.

— Me di cuenta de que no es lo que quiero en este momento.

— Mi niña no suele rendirse tan fácilmente.

— Voy a quedarme aquí y concentrarme en conseguir un trabajo de verdad donde tenga una oportunidad real de crecer.

— Depende de ti.

— Gracias. — Les sonreí.

Mi madre trajo el plato de pasta y lo colocó en el centro de la mesa. En cuanto me incliné con mi plato para servirme, oímos sonar el interfono, lo que sorprendió a todos.

— ¿Esperas a alguien, cariño? — Se volvió hacia mi padre, que asintió negativamente. — Micaela, ¿podrías ver quién es?

Respiré hondo y asentí. Anticipé que podía ser cualquiera, incluso las monjas de la iglesia que habían formado parte de la comunidad a la que asistíamos desde que tenía uso de razón.

Bajé hasta la entrada del edificio, porque el dispositivo seguía estropeado, y di un respingo cuando vi quién estaba al otro lado de la puerta. Retrocedí unos pasos hacia las escaleras y consideré la posibilidad de volver corriendo a casa.

— ¡Micaela!

— No sé qué haces aquí, Cesare, pero será mejor que te vayas. No tengo ninguna intención de tomar parte en esta loca historia que está pasando por la mente de tu jefe.

— No es sólo una historia.

— ¿Sólo falta que me digas que crees lo que dice? — Me lo pensé un momento y respondí a mi propia pregunta. — ¡Claro que sí! Te pagan para eso.

— No se trata de cobrar. Lo que dice es cierto y si no se hace algo Florencia dejará de ser una ciudad segura.

— ¿Qué tengo que ver con la seguridad pública de la ciudad?

— Tommaso se contuvo durante mucho tiempo esperándote y ahora, con la frustración del reencuentro, ha vuelto a matar.

— ¿Matar? — Tragué saliva como si me hubieran metido un yunque por la garganta.

— Sí.

— ¿Y quieres que haga algo? ¿Estás loco?

— Es la única que puede.

— No, Cesare, no puedo hacer nada. — Apreté el marco de la puerta, entrecerrando los ojos detrás de mí y esperando una oportunidad para huir si hacía falta.

— No Micaela, sino Arabela...

— ¿Vas a empezar tú también con esa historia? — resoplé.

Di un paso atrás e intenté cerrar la puerta, pero antes de que pudiera el hombre agarró la madera para detenerme.

— Puedo demostrártelo. Yo tampoco me lo creí cuando Tommaso me lo dijo la primera vez, pero llevo trabajando con él el tiempo suficiente para estar seguro de que se puede doblar lo imposible.

— No quiero saberlo. — Sacudió la cabeza de un lado a otro.

— ¿Tienes miedo?

— ¡Claro que sí! — Mi voz salió demasiado alta y temí acabar alertando a mi familia. — ¿Quién no lo haría después de escuchar una historia como esa? Viene un vampiro loco y dice que eres la reencarnación de su amor muerto. Por no hablar de los cuadros... — Mis mejillas se sonrojaron al recordar las imágenes.

— Sé que puede dar miedo...

— Al menos eso.

— Micaela, cariño. — Se acercó mi madre, acercándose por detrás para mirarme por encima del hombro. — ¿Ocurre algo?

— Señorita, por favor... — susurró Cesare en voz baja, tratando de convencerme de que le diera un poco de credibilidad al asunto.

No era sólo que fuera una locura, estaba realmente asustada. Contemplar siquiera su veracidad era poner en tela de juicio todo lo que había aprendido a creer durante toda mi vida. ¡Era aterrador!

— Está bien, mamá.

— ¿Seguro?

Le dije que sí. Pensé que contarle todo lo que estaba pasando tampoco ayudaría mucho y sólo conseguiría que alguien más se asustara.

— Lo he hecho.

— ¿Quién es este señor? — Agachó el cuello para fijarse en el tipo que tenía delante.

— Cesare Masiero. Es un placer conocerla, señora. — Le tendió la mano, esperando ser correspondido.

— ¡Ah, hola! — Torpemente estrechó la mano del hombre.

— Estoy aquí para pedirle a Micaela que vuelva a Florencia. Contamos con su presencia para la nueva era de nuestra empresa.

Mi madre levantó una ceja, confundida.

— Cuando volvió, pensé que no había sido bien recibida en la empresa.

— Puede que hayamos discrepado en algunos puntos, pero estamos dispuestos a alinearnos para llegar a un término medio más adecuado.

— Eso está muy bien, ¿verdad, hija? — sonrió mi madre.

— Ah, sí. — No me apetecía.

— He venido a invitarla a un café y a limar asperezas para que vuelva con nosotros.

— ¿Por qué no vas con él?

Eché una mirada furtiva a mi madre, y parecía que estaba ansiosa por enviarme de vuelta a Florencia. Sin embargo, dudo que actuara así si supiera la verdadera razón de mi huida.

— Por favor, Micaela... — suplicó Cesare.

— Vamos, niña. — Mi madre me empujó el hombro y yo resoplé.

— Prefiero un helado. — Terminé aceptando salir con el tipo.

Al menos estaba en mi propia ciudad y conocía la zona lo suficiente como para huir si era necesario.

— Podemos. — Cesare sonrió.

— Cogeré mi bolsa.

Cesare asintió y volví a entrar en casa. Subí a mi habitación y mi madre no dijo nada más. Quise acurrucarme e incluso consideré la posibilidad de hacerlo, pero sólo aplazaría lo inevitable.

Al menos el vampiro no era Cesare...

Me invadió un escalofrío cuando aquel pensamiento me abrumó. Prefería pensar que Tommaso era un excelente actor a estar segura de que todo lo que me había contado era cierto, pero cada vez me resultaba más difícil mentirme a mí misma.

Abracé mi bolso y me acerqué a Cesare, que seguía fuera de mi casa de la misma manera.

— Hay una heladería a la vuelta de la esquina.

— Vamos allá. — Me hizo un gesto con la mano para que me adelantara y caminé hasta que nos acercamos a la entrada.

Hice mi pedido: frutas del bosque y limón siciliano, mis sabores favoritos. Cesare pidió un café sin azúcar.

Nos sentamos frente a frente en las mesas de madera del exterior del establecimiento y me metí unos cuantos bocados en la boca.

— No voy a volver a Florencia. — Fui directo al grano para que no siguiéramos dando

vueltas al tema.

— Sé que es complicado...

— Mira — respiré hondo. — Ya sería bastante complicado si me dijeran que tú y yo somos la reencarnación de una pareja que se enamoró en otra época.

— Es difícil de creer, pero hay cosas que se pueden demostrar.

— ¿Cómo? — Se me escapó en medio de mi curiosidad.

— Hay una bruja amiga de Tommaso. La misma que hizo el hechizo para que su alma volviera en un cuerpo similar. Ella puede explicártelo mejor que yo.

— ¿La conoces? — Me sorprendió.

— Sí. Me ayudó a rastrearte durante años hasta que te encontré aquí.

— ¿Desde cuándo saben que fui yo?

— Desde que tenías cinco años.

— ¿Qué? —Casi me atraganto con mi helado. — ¿Me has estado observando todo este tiempo?

— Necesitábamos estar seguros antes de decírselo a Tommaso. Además, estaba esperando a que llegara a la edad exacta que tenía Arabela cuando murió.

— Veintisiete años...

Tragué saliva. A medida que los puntos se unían en mi cabeza, todo se volvía más aterrador, pero tenía más sentido.

— ¿Dónde está esa bruja?

¡Cuidado, Micaela! Las advertencias gritaban en mi mente, pero ya no parecían tan eficaces ante mi curiosidad.

¿Y si fuera real?

Tommaso...

Respiré hondo y sentí los latidos de mi corazón. Era una mezcla de asombro, miedo y curiosidad.

A lo largo de mi vida me había relacionado con unos cuantos chicos, pero no podía decir que ninguno de ellos fuera mi gran amor. Siempre faltaba algo, por mi parte o por la suya, un vacío imposible de llenar.

— Puedo pedirle que se reúna con nosotros.

— DE ACUERDO.

Si realmente iba a considerarlo, más le valía tener a mano todas las pruebas posibles antes de tomar ninguna decisión al respecto.

— Termina tu helado.

— De acuerdo.

Con cada cucharada, pensaba en intentar unir los puntos de una forma racional que no huyera de todo lo que había creído toda mi vida, pero no era posible, no podía hacerlo.

Tiré el recipiente a la papelera y me limpié la mano en una servilleta antes de detenerme junto a Cesare.

— Allá vamos.

Terminó su café y me hizo un gesto para que le siguiera.



MICAELA

Capítulo 10

Subir al coche de Cesare, que estaba aparcado en una esquina cerca de mi casa, me daba escalofríos, pero si quería pruebas de que decía la verdad, tenía que ir.

Condujo durante unos minutos y se detuvo en una calle desierta. Era extraño no ver coches ni motos aparcados, ni siquiera señales de tráfico. Tampoco vi pasar a nadie en ninguna dirección.

— ¿Seguro que es aquí? — Volví a tener miedo.

— Sí. Puedes venir.

Salí del coche con las manos alrededor del cuerpo como si tuviera frío y miré hacia arriba. En la fachada del edificio había un cuadro, como los que solía ver en los palacios antiguos, de una mujer replicada varias veces en diversas formas. Era hermoso y aterrador al mismo tiempo.

Cesare fue el primero en acercarse a la puerta. Llamó al interfono y esperó un momento.

Entonces oí el ruido de la puerta al abrirse y di un paso atrás.

El pasillo frente a mí era muy largo. Como si no tuviera fin. Parpadeé varias veces para asegurarme de que no estaba delirando. Las paredes eran largas, con papel pintado antiguo y algunos candelabros encendidos. En pleno siglo XXI, creía que todas las casas ya habían sido remodeladas para adaptarlas a la electricidad, pero no parecía ser el caso.

— ¡Venga! — Cesare se adelantó y me hizo un gesto para que le siguiera.

— ¿Estaremos a salvo?

— Confíe en mí, señorita.

¿Debería hacerlo? No lo creía, pero la opción de huir no me ayudaría en esa ocasión, al menos eso me dije mientras daba un paso adelante.

En cuanto mis pies tocaron aquella extraña superficie sentí como si me balanceara de alguna manera. Como un barco que va de un lado a otro con los movimientos del océano, pero seguí adelante y estiré los brazos para encontrar el equilibrio.

De repente, todo se detuvo y apareció ante nosotros una puerta que se abrió como empujada por un viento que ni siquiera sentí. Sin embargo, el frío me hizo retroceder de inmediato.

— Arabela...

Ese nombre otra vez.

— ¿Quién es? — pregunté al otro lado de la puerta, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlo.

— Por fin has vuelto.

— ¿He vuelto?

Se encendió la luz y vi a una mujer sentada detrás de una mesa cubierta con un mantel rojo. Se inclinó hacia mí y vi su espesa melena castaña, sujeta por un pañuelo con un pequeño lazo. Sus ojos parecían el líquido de los termómetros que usaba mi madre cuando yo estaba enferma: metálicos.

— ¿De verdad eres una bruja? — me atreví a preguntar.

— En la definición más simple, sí, lo soy. — Su voz era tranquila y mesurada, casi como si estuviera meditando.

— ¿Vives aquí? — Miré a mi alrededor, pero aparte de la silla en la que estaba sentada y la mesa en la que se apoyaba, no había ningún otro mueble.

— Vivo en un lugar más allá de tu comprensión del que no tienes que preocuparte ahora.

Me recorrió un escalofrío y esbocé una sonrisa amarilla.

— Cesare dice que puedes mostrarme la verdad.

— Sí que puedo. — Se acercó más a mí, casi inclinándose sobre la mesa. — ¿Pero estás preparada para ella?

— ¿Preparada? — Tragué saliva. — Creo que no.

— Arabela no era tan cobarde.

¿Cobarde?

Me sentí momentáneamente irritada. No había ido allí para ofenderme, pero pensando en todo lo que había ocurrido desde mi llegada a Florencia, era cierto que sentía miedo. *Pero, ¿quién sería valiente ante aquellos hechos?*

— No soy cobarde.

— ¿No? — Enarcó una ceja.

— Al menos no como usted cree.

— Pues pruébalo. — Hizo un gesto y yo retrocedí un paso sobresaltado cuando apareció una silla en la mesa frente a ella. — Tome asiento.

— ¿Cómo lo has hecho? — tartamudeé.

— Soy una bruja.

— Por supuesto—, balbuceé.

— ¿Afrontarás la verdad o no?

Me volví hacia Cesare, que me animó con un movimiento de cabeza. Dudaba de que, si decía que no, renunciara a convencerme de lo contrario.

— Me voy. — Acerqué una silla y me acomodé.

— Intenta relajarte. — Se inclinó hacia mí y me cogió las manos.

— Espera, yo... — Apenas tuve tiempo de terminar la frase porque sentí que algo me succionaba.

Perdí el conocimiento durante unos segundos y, cuando abrí los ojos, sentí que estaba en

otra parte.

Solté una risita y me tapé con la sábana. A pesar de estar desnuda en un diván, me sentía muy cómoda.

Levanté la cabeza, apartándome unos mechones de pelo castaño que se me habían pegado a la cara, y vi a Tommaso. Caminaba hacia mí con una amplia sonrisa y un sutil aire depredador que me revolvió las entrañas y me puso cachonda.

En aquella versión de él pude notar sutiles diferencias, como una piel más bronceada y unos ojos color miel, como topacios, brillantes y seductores. Sólo llevaba una camisa de lino blanca suelta con un cuello voluminoso y pantalones caqui hasta los tobillos. También llevaba el pelo más largo y parecía salvaje y rebelde.

— Mi padre me mataría si supiera que estoy aquí. — Volví a reír y me tapé la cara con la sábana.

— Por eso no necesita saberlo. — Tommaso retiró la sábana, revelando mis pechos firmes y turgentes.

Nos miramos fijamente durante unos instantes y sentí que se me secaban los labios y se me humedecían los muslos.

— Tus curvas son inspiradoras. — Con un pincel mojado en pintura blanca, recorrió el valle entre mis pechos, haciéndome ligeras cosquillas.

Me humedecí los labios.

— Me encanta retratarlos... — dijo.

— No quiero esos cuadros en la pared de algún noble.

— Sólo la mía. — Se subió al diván, arrodillándose a un lado.

— ¿Lo prometes?

— Sí...

Tommaso se inclinó sobre mí y me abrazó con un beso. El cepillo cayó al suelo y fue sustituido por sus dedos, que se deslizaron lentamente hacia el interior de mis muslos. Me estremecí con la creciente excitación y un deseo insano de que llegara hasta allí.

— ¡Basta ya! — Solté las manos de la bruja y me aparté como si hubiera recibido una descarga que me hubiera impulsado hacia atrás.

Seguía avergonzada y la sensación de haber compartido aquel momento íntimo con los otros dos presentes me desconcertaba aún más. Solo de pensar en los cuadros me daban ganas de esconderme.

— ¿Qué me has hecho? — pregunté a la bruja que seguía sentada frente a mí.

— Te llevé a un recuerdo de otra vida.

— ¿Cómo puede estar seguro de ello?

— Estoy seguro de cosas que van mucho más allá de tu comprensión humana.

— ¿Elegiste este recuerdo?

— No. Sólo era el que tenías más vívido en tu mente antes de hacer el pasaje.

Miré a Cesare y luego a la mujer. Me faltaba el aliento y la mente me daba vueltas. Seguía sin querer creerme la verdad, pero cada vez me costaba más.

— Necesito unos minutos... — Me levanté un poco atontada y me acerqué a la puerta por la que habíamos entrado.

Tommaso y yo...

Cada vez estaba más claro que habíamos compartido una vida en otro tiempo que yo no recordaba, pero él parecía aferrarse a ella. Lo que aún no lograba descifrar era si quería que retomáramos la relación donde la había dejado.

Había una bruja sentada en esa mesa y estábamos en un lugar muy extraño, así que no podía seguir negándolo como si todas las pruebas que me arrojaran no significaran nada.

— Señorita... — Cesare se me acercó y le miré fijamente, sin decir nada, antes de volver a la bruja.

— ¿Puedes enseñarme más? — Eché la silla hacia atrás y me incliné hacia ella.

— Yo puedo. ¿Qué quieres ver exactamente?

— Cuando descubrí que se había transformado y convertido en vampiro.

— Dame tus manos otra vez.

Entrelacé mis dedos con los suyos y me vi absorbida de nuevo por aquella extraña realidad.

Mis lágrimas empaparon un trozo de papel de carta sobre el que estaba inclinada. Las gotas emborronaron la tinta negra y fueron haciendo cada vez menos legible la nota que había escrito.

Tommaso había desaparecido y, a medida que pasaba el tiempo, me sentía más desesperada y triste. Una parte de mí empezaba a pensar que la culpa era de mi familia. Por muy burgueses que fueran los Medici, nunca aceptarían que me relacionara con un humilde pintor de una familia pobre y sin fama alguna.

Me habían prometido devolverme al convento en unos días, de donde temía no poder salir nunca.

Quería volver a ver a Tommaso, aunque sólo fuera por última vez antes de que terminara el romance que había mantenido con él desde mi regreso a casa.

— Arabela... — Mi nombre se susurró por la habitación y fue como una bocanada de aire que me produjo escalofríos.

— ¿Quién está ahí? — Levanté la cabeza del escritorio y giré de un lado a otro, tratando de identificar de dónde procedía el sonido.

A lo mejor era sólo mi delirio y no tenía por qué preocuparme.

— Arabela...

— ¿Tommaso? — Me puse en pie de un salto cuando vi una sombra cerca de la puerta. La silueta era masculina y se parecía lo suficiente como para hacerme creer que era él.

— Arabela.

— ¿Dónde estabas? — Me levanté corriendo de la silla, casi tirándola al suelo, y corrí hacia él, pero antes de que pudiera tocarlo, el hombre al que amaba se apartó, como si hubiera algo malo en mí.

El dolor en el pecho por el rechazo era incómodo y me dejaba algo atascado en la garganta que me impedía respirar con normalidad.

— Tommaso...

— Será mejor que no te acerques tanto a mí. — Su voz era fría y distante, aumentando aún más mi incomodidad.

— ¿Por qué no?

— Ya no soy el mismo hombre. — Había un pesar en su tono que me asustó.

— ¿Qué quieres decir? Desapareciste tanto tiempo que pensé que mi familia había hecho algo para herirte.

— No fueron ellos...

— ¿Entonces quién?

— Hubo un accidente en el que casi muero, pero me salvó un milagro, o una maldición...

— ¿A qué te refieres? — Me acerqué un paso y él retrocedió, pero acabó acercándose a un candelabro encendido en la pared.

Me sobresalté cuando la luz parpadeante de la vela reveló uno de sus ojos. El tono amarillento al que estaba acostumbrada, como miel recién salida de la colmena, se había convertido en un rojo tan vivo que me produjo escalofríos.

— ¿Qué te ha pasado? — Di unos pasos hacia atrás a trompicones y casi tropiezo con algo que se me había caído en la alfombra del centro de mi habitación.

— No sé ni por dónde empezar. — Abrió ligeramente la boca y pude ver que sus colmillos eran más grandes y mucho más afilados de lo que recordaba.

— Estoy en medio de una pesadilla...

— No, Arabela. Es real. — Intentó acercarse, y a medida que la luz caía con más fuerza sobre él, mi pavor aumentaba.

— ¿Cómo?

— Me convirtieron en vampiro.

— ¡Qué! — Mi grito resonó en la habitación en una mezcla de conmoción e incredulidad. — Los vampiros no existen.

— Abrió ligeramente la boca para que pudiera ver sus crecientes colmillos.

— ¿Intentas jugarme una mala pasada?

Dijo que no.

— Solía hacerlo.

— ¿Cómo ha ocurrido?

Amaba tanto a aquel hombre que el miedo quedó anulado por la curiosidad y la necesidad de acercarme.

Alargué la mano y le toqué la cara, dándome cuenta de lo frío que estaba y de cómo se le había endurecido la piel, casi como si se hubiera convertido en una de las esculturas de mármol que estaba tallando.

— Habría muerto si no hubiera ocurrido.

— ¿No moriste? — Era terrible preguntarlo, pero el escalofrío que me recorrió lo hizo casi automático.

— En cierto modo... — Dejó escapar un suspiro. — Al menos así podría volver contigo.

— Ah, Tommaso. — Le sujeté la cara con ambas manos. A pesar del extraño cambio en sus ojos y la rigidez de su piel, el hombre al que amaba aún parecía estar allí. — Te eché de menos.

— Yo también, mi musa.

Me puse de puntillas y acerqué mis labios a los suyos. Rodeó mi cintura con sus brazos y me quedé sin aliento por unos instantes, era como si se hubiera vuelto más fuerte de lo que recordaba, pero eso no fue suficiente para apartarme. Mi lengua se entrelazó con la suya y la sensación de besar una estatua de mármol se hizo más intensa, mientras que estar entre sus brazos, independientemente de la forma, era bueno...

Volví a soltar las manos de la bruja y noté que ella y Cesare me miraban fijamente, como si esperaran mi habitual reacción explosiva e incrédula. Pero yo me quedé callada, asimilándolo todo.

Por mucho que la mujer que tenía delante hubiera puesto esas imágenes en mi mente, cada sentimiento que impregnaba mi cuerpo mientras las escenas se desarrollaban como si yo estuviera allí era demasiado real para ser implantado.

Tommaso y yo habíamos compartido cuerpo y alma y era real...

— ¿De verdad me ha estado esperando todo este tiempo? — le pregunté a Cesare.

— Sí, señorita.

— Suena agonizante. — Suelto un suspiro agudo, como si tuviera un incómodo peso en el pecho que me impidiera respirar.

— Lo era.

— ¿Quiere ver otra cosa, señorita? — dijo la bruja, atrayendo de nuevo mi atención.

Lo negué, creyendo que ya había visto suficiente. Tener todos los recuerdos de una vida pasada inundando mi mente podía confundirme aún más de lo que estaba en ese momento.

Si de lo que se trataba era de demostrarme que había vivido en otra época con Tommaso, esos dos recuerdos eran suficientes. En otra vida había sido Arabela, pero en esta era Micaela y prefería que las cosas siguieran así, incluso para que me resultara más fácil asimilarlo todo.

Se me estrujaba el corazón, me faltaba el aliento y me preguntaba cómo sería para Tommaso volver a verme después de tanto tiempo.

¿Ese sentimiento en mi pecho era amor?

Parecía difícil de asegurar, sólo sabía que nunca lo había probado antes, lo que sólo me ponía aún más ansioso.

— ¿Dónde está? — le pregunté a Cesare.

— En Florencia. — La respuesta era obvia.

— Si quieres ir allí, puedo llevarte en cuestión de segundos—, dijo la bruja, como si todo hubiera sucedido en un paso mágico, cosa que no dudé.

— No puedo ir así. No puedo irme así. Necesito ir a casa y hablar con mis padres, y tengo que recoger mis cosas.

Si Tommaso me había esperado durante años, podía esperar un poco más.



TOMMASO

Capítulo XI

Dejé que el cuerpo sin vida cayera al suelo como si no fuera más que un cascarón vacío después de haberle drenado toda la sangre. La mujer rubia se unió a las otras dos que ya yacían en el suelo. Habiendo desatado a la bestia que llevaba dentro, no me contuve ni un segundo antes de desatarme para la matanza que podría causar por toda la ciudad.

Venían turistas de todo el mundo, muchos de ellos sólo con una mochila con unas pocas pertenencias y un pasaporte que podía hacer desaparecer fácilmente. Con la libre circulación de personas por Europa, sería prácticamente imposible determinar dónde se habían perdido los extranjeros que nunca regresaban a casa.

Me parecía extraño que Cesare hubiera desaparecido sin decir absolutamente nada y no se hubiera metido conmigo como de costumbre, pero empezaba a creer que me había abandonado como todos los demás.

Edmund nos animó a quedarnos cerca de él en Londres. Pensé que era para vigilar sus creaciones, pero Italia siempre había sido mi hogar, o solía serlo. No quería dejarlo. Para ser sincero conmigo mismo, lo que no quería dejar era la posibilidad de que Arabela volviera. Como italiana y cerca del lugar donde había enterrado su cuerpo hacía cientos de años.

Pero no había vuelto...

Su cuerpo era el mismo, su personalidad inquisitiva también, pero el amor que sentía por mí había muerto cuando bebí la última gota de su sangre. No era más que un monstruo que no merecía su final feliz.

Los demonios siempre serían tratados como tales.

Miré los cuerpos caídos, sin vida, sin alma. Exactamente como me sentía en ese momento. La eternidad vacía no valía nada.

Salí de la habitación y sentí que aún era de día. Había agarrado aquellos colmillos y los había arrastrado al palacio antes del amanecer, pero el día parecía haber transcurrido con increíble lentitud.

Todo era una señal, como si el sol me hubiera llamado. Podía fácilmente poner fin a aquella miserable eternidad o continuar el resto de mis interminables días matando uno tras otro. La elección era difícil y sin perspectivas, me sentía cansado.

Entré en el pasillo y me acerqué a una gran ventana que había quedado abierta, los rayos del sol hacían un diseño cuadrado en el suelo, casi como una figura geométrica perfecta.

Me acerqué como una limadura de hierro es atraída por un imán. Primero mis dedos tocaron la luz y oí un chisporroteo seguido del sonido de carne quemada. Ignoré el posible dolor y el incómodo olor que se levantaba y di otro paso hacia el sol. Quería verlo más de cerca, no recordaba que fuera tan bonito...

— ¡Tommaso! — El grito me sobresaltó porque no me lo esperaba.

Sacudí la cabeza varias veces, como si me mareara o escuchara cosas. Llevaba tanto tiempo esperando el momento de unirme a Arabela que no me sorprendería oírlo.

¿Me estaba esperando al otro lado?

— ¡Tommaso!

El grito se repitió, pero no procedía de la luz sino de algún lugar detrás de mí, lo que me hizo girarme para mirar hacia el pasillo.

— ¿Arabella? — Parpadeé pensando que estaba viendo cosas cuando la vi corriendo hacia mí.

— No. — Se detuvo unos segundos antes que yo y, por reflejo, saqué la mano del sol, dejando que mi herida sanara de inmediato. — Soy Micaela. — Me corrigió.

— ¿Qué hace usted aquí? — Me invadió una mezcla de incredulidad y sorpresa.

Creía que ella sola no volvería a cruzarse en mi camino.

— Cesare sabía cómo ser convincente.

Moví los ojos y vi a mi empleado detrás de ella. El hombre se movió y cerró la ventana, poniendo fin al sol y a la pistola con la que me apuntaba.

— No creía que fueras a volver -dije en tono frío, sin dejarme llenar por vagas esperanzas.

— Yo tampoco. — Torpemente, cogió un mechón de su pelo y se lo colocó detrás de la oreja.

— ¿Qué haces aquí? — Incliné mi mirada hacia la suya y esta vez no se inmutó como en ocasiones anteriores.

— Parece que me has dado pruebas suficientes para creer tu historia. — Se inclinó hacia mí y me tocó la cara, cogiéndome por sorpresa mientras me limpiaba la gota de sangre de la comisura de los labios.

Por increíble que pareciera, no hizo ninguna pregunta ni pareció asustada.

— Micaela... — Repetí su nombre en esta vida y ella esbozó una leve sonrisa como si lo aprobara.

Levanté la mano y se la pasé por la cara. Me di cuenta de que los pelos de sus brazos se habían estremecido al sentir mi temperatura, pero ella no se inmutó. Mantenía los ojos fijos en los míos, tratando de encontrar algo más allá de los charcos de sangre.

— Eres increíblemente guapo—, murmuró, analizándome.

— El tiempo me ha preservado bien.

— Creo que eso es algo bueno del vampirismo. — Soltó una sutil carcajada que me tranquilizó y me hizo sentir aún más aliviado de las tensiones que tanto me habían consumido desde que ella se marchó.

— Posiblemente.

Nos quedamos en silencio unos instantes, mirándonos fijamente y pude oír su corazón, era como si hubiera dejado de latir unas cuantas veces antes de que se pusiera de puntillas como

hacía en su otra vida sólo para rozar sus labios con los míos.

Puse fin a la corta distancia y rodeé su cintura con el brazo, atrayéndola hacia mí con cuidado de no partirla por la mitad con mi fuerza sobrehumana. Mi lengua se deslizó y ella la entrelazó con la suya, respondiendo al beso de la misma forma que yo recordaba. Micaela ladeó la cabeza y yo intensifiqué aún más el contacto.



MICAELA

Capítulo 12

Me rodeó con sus fuertes brazos y dejé escapar un suspiro, algo jadeante, pero no interrumpí el beso, que iba mejor de lo que había imaginado. Las sensaciones que despertaba en mí eran incomprensibles, pero me había dado cuenta de que lo único que tenía que hacer era aceptarlas.

Me incliné un poco hacia atrás y lo siguiente que recuerdo es que ya no estábamos en el pasillo.

— ¡Ah! — Aspiré hondo, intentando recuperarme cuando su boca se separó de la mía y se deslizó por mi cuello, provocándome escalofríos y haciéndome temblar aún más, como si fuera una roca de hielo.

Imaginé que Tommaso iba a morderme, a clavar esos dientes duros y puntiagudos en mi fina piel, pero no lo hizo, siguió deslizándose hacia abajo hasta que lamió el valle entre mis pechos y me arrastró con otro escalofrío.

Estábamos en una habitación que supuse que era suya y con movimientos más ágiles de lo que podía procesar, el vampiro me tumbó en su cama y estaba encima de mí, besándome de nuevo con deseo.

— Tommaso... — Pasé mis manos por su pecho y apreté sus hombros...

— ¿Debería parar? — Dudó un momento y me di cuenta de que realmente estaba dispuesto a hacerlo si yo quería.

Para ser sincera conmigo misma, lo único que deseaba era sentir el mismo calor que él despertaba en mí en los recuerdos. Por mucho que su piel me hiciera sentir oleadas de frío, su apretón me estaba poniendo cada vez más caliente. Aquel hombre era un amante voraz y era como si cada célula de mí pudiera reconocerlo.

Sus dedos se deslizaron por la línea de mis pechos y tiró de mi camisa, rasgando la tela como si fuera de papel y tirando los botones.

— Me encantaba esa camiseta.

— Te compraré otro más tarde. — La voz cerca de mi oído sólo hizo crecer mi deseo.

Ya no había lugar para la racionalidad. Los mismos instintos que me habían hecho huir de aquel hombre tan rápido como pude eran los que ansiaban tener su piel rozando la mía.

El resto de mi ropa también se convirtió en un montón de telas desgarradas junto a la cama mientras el depredador me analizaba. Su hambre de mí brillaba en sus ojos y yo sólo esperaba sobrevivir a este voraz encuentro carnal.

Me olisqueó intensamente el cuello y se me erizaron todos los pelos. Me estremecí, esperando que hundiera sus colmillos en mi piel, pero no fue así. Tommaso me lamió, provocándome escalofríos.

Le apreté los hombros mientras me desperezaba en la cama, poniendo los ojos en blanco y hundiendo la cabeza en la almohada. Una parte de mí seguía pensando que era una locura dejarse llevar así, pero al mismo tiempo había una necesidad tan intensa de experimentar que me mantenía allí.

Debería haber pensado en la posibilidad de acabar muerta, estando en brazos de un vampiro, pero eso fue lo último que se me pasó por la cabeza mientras él entrelazaba su lengua con la mía.

— Micaela... — La forma en que susurró mi nombre, el que realmente reconocí, me hizo ceder aún más fácilmente.

El roce de su piel contra la mía me hizo estremecer, pero no fue suficiente para que quisiera apartarlo.

El peso de sus manos y de sus labios me irritaba ligeramente. Tommaso era muy fuerte y por mucho que se contuviera, no era suficiente.

Dejé escapar un gemido cuando sentí que su colmillo me cortaba el labio y dejaba escapar un poco de sangre. Me lamió, pero no me mordió. Temía que en cualquier momento el vampiro que llevaba dentro tomara el control y se alimentara de mí, pero Tommaso se las arreglaba muy bien.

Su boca se separó de la mía y volvió a mi cuello, descendiendo hasta mis pechos y haciendo que mis pezones se pusieran aún más rígidos por la excitación. No era la primera vez que practicaba sexo, pero estar con un vampiro lo parecía, porque todas las reacciones que despertaba eran buenas y completamente nuevas.

Su lengua rodeó mi pezón y estaba tan fría que era como si me estuviera frotando una piedra de hielo. Me retorcí y me aferré a la sábana, dejando escapar otro gemido de mi boca, esta vez aún más fuerte por la intensidad de las caricias.

Sus besos y lametones bajaron hasta mi vientre y luego, con su velocidad sobrehumana, Tommaso subió y me agarró la cara, haciéndome mirarle fijamente, sus ojos rojos ya no me causaban miedo y estaban profundamente llenos de excitación.

Pasé las piernas por su costado y rodeé su cintura, tirando de él hacia mí cuando sentí que me penetraba. Le apreté los hombros y jadeé junto a su oreja.

Empezó a moverse a un ritmo cada vez más frenético y me dejé llevar por las deliciosas sensaciones que me llenaban mientras intercambiábamos íntimos contactos. Lo más loco era que en el fondo tenía la sensación de que ya había experimentado a ese hombre antes y sabía exactamente a lo que iba. Tal vez fueran las visiones que la bruja había puesto en mi mente o simplemente mi imaginación, pero me dejé llevar para experimentar lo mejor que el sexo podía darme.

Tommaso me sacó y dejé escapar una protesta más fuerte de mi garganta, aún no habíamos terminado, pero se tumbó a mi lado en la cama y me atrajo hacia su pecho. acurrucados a los lados, volvió a entrar en mí y yo arqueé la espalda, apoyándome en su pecho mientras rodaba sobre él en una búsqueda desenfrenada de placer.

Una de sus manos se dirigió a mi cintura y me sostuvo mientras se deslizaba

deliciosamente dentro de mí. Con la otra me sujetaba el pelo y me daba cuenta de que se contenía para no empujar demasiado fuerte.

Mientras lo sentía dentro de mí, no podía pensar en otra cosa que en gemir. El éxtasis crecía con tanta naturalidad e intensidad que, cuando estalló en un delicioso orgasmo, fue como si toda la habitación diera vueltas mientras yo me ahogaba con las intensas oleadas.

No sabía si era porque nos habíamos amado en otra vida o simplemente porque era un vampiro, pero había sido el mejor polvo de mi vida.

— ¿Micaela? — Me hizo rodar hasta el centro de la cama y volvió a ponerse encima de mí.

— Sí... — Suspiré con la mente aún ebria.

— ¿Se encuentra bien?

— Estoy bien. — Solté una risita y pensé que era bonito que estuviera preocupado. — Al menos no me escurriste hasta la última gota. — Pronto me arrepentí de esas palabras porque de momento eran una broma de mal gusto.

— Estoy bien alimentado -no pareció disgustarse por lo que le dije, lo que me tranquilizó-.

— Qué bonito... — Aparté la mirada, intentando asimilar algo de lo que había permitido que ocurriera.

Estaba en la cama desnuda con un vampiro después de acostarme con él. Había algunos puntos doloridos en mi cuerpo, pero estaba bien. Había permitido que Cesare me convenciera de esta locura y estaba lidiando con los sentimientos que necesitaban reencuadrarse en mi pecho.

Por muchas religiones que lo explicaran, nunca había pensado en la reencarnación. Mi concepto de la vida después de la muerte era muy distinto, pero ya no podía ignorar los hechos que tenía ante mis ojos. Hacía mucho tiempo, yo había sido Arabela Medici y me había liado con Tommaso.

Seguí pensando en ello y otras cosas que la gente no podía explicar, como el amor a primera vista, parecían más fáciles de entender. Estas personas se conocían de antes, de otros tiempos.



TOMMASO

Capítulo 13

Deslicé los dedos por el costado de su cuerpo desnudo y me acomodé suavemente en la cama. Mi tacto helado le erizó el vello, pero no intentó apartarme. Llegué hasta la marca de nacimiento de su cintura, que tantas veces había representado en mis cuadros, y la tracé con los dedos.

Hacía siglos que no tocaba aquel cuerpo, pero aún recordaba exactamente cada parte de él y ella seguía siendo exactamente la misma. En esa vida se llamaba Micaela, pero seguía siendo mi Arabela. Sentirla allí daba sentido a mi eternidad y me impedía sentir el amargo sabor de la derrota.

Bordeé su cara y levanté su cabeza para que pudiera mirarme, y la sonrisa hizo que mi corazón, que había estado dormido durante tanto tiempo, latiera de nuevo.

— Eres tan hermosa...

— ¿En esta vida o en la siguiente? — Levantó las pestañas en tono juguetón.

— En todas.

— También eres muy guapo. — Me tocó el pecho y recorrió mis hombros, fijándose en los detalles de mis músculos.

— Me alegra complacerte.

— Es bueno saberlo. — Se rió.

— Creía que no ibas a volver —dejé escapar, y un ambiente más tenso nos envolvió, haciéndome arrepentir de mis palabras.

— Yo tampoco, pero Cesare y la bruja eran muy convincentes.

— ¿La bruja? — Abrí los ojos, un poco sorprendido por esta información. — ¿La has visto?

— Sí. Ella fue la que me mostró algunos recuerdos de la otra vida, de cuando yo era Arabela...

— ¿Te ha convencido?

Micaela asintió.

— ¿Cuánto viste? — había cierto miedo en mi voz que no podía ocultar y no pasó desapercibido.

— No mucho.

— Ah... — Tartamudeé

— ¿Te estás preguntando por la vez que intentaste convertirme?

Rodé hasta el otro lado de la cama y me senté, mirando fijamente a la pared sin decir nada.

— Tommaso. — Sentí su mano en mi hombro y me volví hacia ella. — ¿Tan horrible era?

— Al menos lo fue para mí.

— ¿Sufrí?

— No lo creo. El veneno de vampiro paraliza a la presa y no siente dolor ni miedo.

— Entonces todo va bien.

— Pero vi cómo la vida abandonaba su cuerpo.

Se apartó de mí y pude ver cómo se le ponían los pelos de punta. A pesar de lo bien que lo habíamos pasado juntos, estaba claro que me tenía miedo.

Me volví hacia ella y le toqué la cara, sintiendo lo suave y cálida que era su piel. Mis instintos percibían la sangre que corría por sus venas, pero lucharía contra el impulso con todas mis fuerzas.

— No voy a hacerte daño, Micaela.

Tragó saliva y siguió mirándome.

— ¿Puedes prometerlo?

— Sí que puedo. — Acerqué su cara a la mía y volví a besarla, sintiendo la suavidad de sus labios y una intensa necesidad de profundizar el contacto apoderándose de mí, pero intenté contenerme y dejar que el momento fluyera con más calma.

Por fin la había recuperado en mi vida y no quería que huyera despavorida.

Le rugió el estómago y Micaela se encogió.

— Tengo hambre.

— Vamos a buscar algo. Imagino que lo encontraremos en la cocina. — Me levanté y me puse la ropa interior rápidamente antes de ofrecerle la mano.

— ¿No sabes si tienes algo? — preguntó mientras se ponía mi camisa, que le quedaba perfecta.

— No tengo costumbre de comer.

— Espera, ¿no comes? — parecía sorprendida.

— No lo necesito.

— Sólo sangre. — He vuelto a perderla.

Me limité a asentir con la cabeza.

— Entendido.

— Cesare dijo que tú...

— No necesitamos pensar en ello. — La interrumpí para que no tuviera que imaginarse nada ahora.

Sí, yo era un monstruo, pero ella podía controlarme.



MICAELA

Capítulo 14

Me acomodé en una de las sillas de madera de la cocina mientras Tommaso iba a uno de los armarios y ordenaba la pasta y la salsa pomodoro.

— No sabía que cocinabas.

— Soy un buen observador y he tenido mucho tiempo para aprender muchas cosas.

— Sigue siendo una locura pensar que eres tan mayor. — Me rasqué la cabeza torpemente.

— En teoría, tengo veintiocho años.

— Me entendiste. — Hice una mueca y él soltó una pequeña carcajada que acabó contagiándome.

— Cuando te transformas, el tiempo pasa de otra manera. Es como si todo a tu alrededor corriera y tú estuvieras parado.

— ¿Es extraño?

— Con el tiempo te acostumbras.

Le observé mientras removía las ollas. Era fácil comprender por qué mi versión del Renacimiento se había sentido tan atraída por este hombre, a pesar de que en aquella época no era más que un pintor sin demasiado protagonismo. Los hombros anchos que bajaban en una línea perfecta hasta la base de la espalda, los músculos bien diseñados e incluso su culo cuadrado.

Pensaba que las estatuas que había visto de anatomía humana eran un poco exageradas, o que habían predicho los piojos académicos del siglo XXI, pero el David de Miguel Ángel estaba muy cerca de Tommaso.

— ¿Va todo bien? — Se volvió hacia mí.

— Sí, sí... — Tanteé, porque me apoyaba en la palma de la mano y casi babeaba.

Por supuesto, aún me daba un poco de miedo. El tipo era un vampiro, pero a medida que me hacía a la idea, más me atraía.

Sexo...

Su fuerza y agilidad le ayudaban, pero era muy bueno.

— Has buscado a otras mujeres a lo largo de los siglos.

— ¿De verdad quieres hablar de ello? — Dejó la sartén sobre la placa y se volvió hacia mí.

— Sólo una curiosidad. Parece una locura esperar a una mujer que ni siquiera sabías que iba a volver.

— He tenido algunos casos.

— Ah, no está tan mal. — Mi suspiro de alivio pareció sorprenderle aún más.

— ¿Por qué?

— Me sentiría culpable porque tenía otros chicos.

— Ahora estás aquí y eso es lo único que me importa. — La forma apasionada en que me miraba me hizo suspirar.

Ninguno de los otros hombres con los que había estado había actuado así. No podía creer que un amor así fuera posible.

Me levanté y caminé hacia él. Tommaso se quedó quieto, esperando lo que iba a hacer, hasta que le pasé las manos por el pecho y le agarré los hombros.

— Eres fuerte.

— Yo...

— ¿Hace mucho ejercicio?

Tommaso se echó a reír y yo no pude evitarlo.

— Lo siento, es porque no he visto ningún gimnasio por aquí.

— Cuando era humano, cargaba con mucho peso, sobre todo los materiales para las obras en las que participaba. No era noble y la vida solía ser muy dura para mí. Tras la transformación, mi cuerpo permaneció exactamente igual que entonces.

— ¿No ha cambiado nada? — Me pasé la mano por el abdomen.

— No.

«¡Micaela!», me reproché en mis pensamientos al analizar así a Tommaso. Después de que el miedo ya no me controlara, la calentura me estaba volviendo muy extrovertida y no sabía si eso era exactamente lo que él esperaba de mí.

— Tengo que decirles a mis padres que estoy bien. — Retrocedí unos pasos. — Deben de estar preocupados, ya que no se lo dije cuando llegué.

— Mientras tanto, terminaré la pasta.

— DE ACUERDO.

Salí de la cocina y fui a buscar mis cosas, las había dejado en el coche de Cesare y no me había preocupado de ellas hasta entonces.

No había rastro de ellos en el camino, ni del criado, pero decidí ir a la vieja habitación que me había preparado la primera vez que estuve en aquel palacio y encontré mi bolsa sobre la cama y mi maleta al lado.

Cogí el teléfono y me senté en el borde del sofá, mirando un mensaje de mi madre.

Mamá:

Micaela, ¿ya estás en Florencia?

Hija, avísame en cuanto puedas.

Micaela:

Hola, mamá.

Mamá:

Desapareciste, estaba preocupada. ¿Ha ido bien tu viaje?

Micaela:

Sí, estoy de vuelta en el palacio.

Hice un cortometraje grabando el ambiente y se lo envié.

Mamá:

¡Qué lugar tan hermoso!

Micaela:

¡Sí!

Mamá:

¿Crees que te quedarás ahora?

Micaela:

Quizá consiga un puesto más permanente que sólo un mes. Era demasiado pronto para decirlo.

Mamá:

Te apoyo.

Micaela:

Gracias, mamá.

No quería decirle que había vuelto por un chico y no por un trabajo. Por no hablar de que no tenía ni idea de cómo iba a contarle a mi familia que estaba con un vampiro que me esperaba desde mi vida pasada. Era obvio que necesitaría una historia menos loca que esa y tendría que combinarla con Tommaso.

¡Un momento! ¿Realmente estabas considerando presentarlo a mi familia?

Quizás necesitaba tomármelo con más calma, aunque la situación me envolvía por completo.



TOMMASO

Capítulo 15

Me di la vuelta al oír el sonido de unos pasos, pero no eran los de Micaela.

— Cesare.

— Señor. — Se detuvo junto a la puerta y me miró seriamente.

— ¿Dónde estabas?

— Me deshice de los cadáveres que habéis dejado atrás—, dijo en un tono muy bajo, suponiendo que sólo yo podía oírlo.

— ¡Genial! No quiero que Micaela los vea.

— Fueron incinerados bajo tierra. No hay de qué preocuparse.

— Has hecho un gran trabajo.

— Ella está aquí. Por fin tiene lo que ha estado buscando durante tanto tiempo.

— Sí, me gusta. Sólo espero que se quede.

— Ahora todo se calmará.

— Eso espero.

— ¡Eh, Cesare! — Micaela se acercó por detrás y mi empleado se dio la vuelta como si se hubiera sobresaltado momentáneamente.

— Señorita. — Sonrió.

— Gracias por dejar mis cosas en mi habitación.

— Estoy a su disposición.

— Hasta se merece un ascenso. — Me miró y me reí.

— Podemos pensar en ello.

— Me voy, así que, si me necesitas, dímelo.

— Creo que me pondré bien. — Micaela se pasó las manos por la cara y se recogió un mechón de pelo detrás de las orejas.

Cuando se acercó a mí, Cesare se fue por el pasillo y desapareció.

— ¿Puedo hacerle una pregunta?

He dicho que sí.

— ¿Ha trabajado Cesare con usted durante mucho tiempo?

— Ciento cuarenta y siete años concretamente.

— ¿Cómo? — Se quedó boquiabierta ante mi revelación. — No parece un vampiro. No tiene los ojos rojos y sale al sol.

— Porque no lo es.

— ¿Cómo puedes ser tan viejo?

— Los vampiros no son las únicas criaturas que viven milenios. Cesare es un troll. Lo encontré herido en un bosque de Escocia cuando cumplía una misión a instancias de mi creador. Estaba herido por unos cazadores e iba a morir.

— ¿Así que lo salvaste?

He dicho que sí.

— Desde entonces no ha querido alejarse de mí y ha sido una excelente mano derecha.

— Creía que los trolls eran diferentes de los humanos. Como con pieles de corteza y esas cosas.

— Parece que ves muchas películas.

— Sí, tengo curiosidad.

Estaba un poco molesto.

— Se han creado muchas formas de ocultar la magia a los humanos.

— Entendido.

— Con el tiempo te acostumbras. — Le acaricié la mejilla.

— Lo haré. — Sonrió y esta vez no pareció estremecerse ante la temperatura de mi piel.

Después de tanto esperar, tenerla allí era un éxtasis. Sin embargo, todavía tenía que tomármelo con calma, aunque seguía siendo la misma cara que la de Arabela, tenían orígenes y recuerdos diferentes. Tenía que tomármelo con calma y ganármela de nuevo.

Pero la sola sensación de que no volvería a escaparse me tranquilizó.

— La pasta está lista. — Di un paso atrás.

— Qué bonito. — Soltó una risita. — Porque me muero de hambre.

Le serví un plato y un poco para mí y nos sentamos a la mesa de la cocina. Aunque no necesitaba comer comida humana y el sabor no era el mejor, la comida corriente no me hacía ningún daño.



MICAELA

Capítulo 16

El plato que me había preparado estaba delicioso, al igual que el ambiente, sobre todo después de que Tommaso cogiera una botella de excelente vino local y me sirviera una copa.

— Está muy bueno. — Tomé otro sorbo.

— Un conocido de Cesare lo produce.

— ¿Otro trol? — Abrí los ojos, completamente sorprendido.

— Sí. — Sonrió.

— ¿Cuántas criaturas se esconden entre los humanos? — pregunté, aún abrumado por toda la información que había recibido en un solo día.

— Más de lo que puedas imaginar.

— Hadas, duendes, gnomos...

— Todo lo que siempre has oído y más.

— Vaya... — Enrollé los espaguetis alrededor del tenedor y mastiqué un poco mientras asimilaba toda aquella información. — ¿Acaso ya sabías todo esto cuando era humano?

— No. Aunque cuando era humano, las creencias en las leyendas locales eran más fuertes. Sin embargo, la iglesia intentaba acallar cualquier rumor para poder seguir controlando a la gente a su antojo.

— Hoy tenemos más acceso a la información.

— Información no siempre veraz.

— Es verdad. — Comí un poco más de pasta mientras tragaba junto con el torbellino de cosas que me estaban haciendo pensar.

En ningún momento pensé que hablaría con un vampiro sobre otras criaturas mágicas que siempre han vivido ocultas en los márgenes de la sociedad humana.

— ¿Por qué no se rebelan? Son mucho más fuertes que nosotros.

— La ignorancia suele ser una ventaja. Es mucho más fácil controlar a alguien que cree tener el control.

Tragué y bebí un poco más de vino porque tenía la garganta irritada.

— Te costó creerlo —aseguré.

— Sí, pero ya está bien. — Se inclinó y volvió a acariciarme la mejilla.

Incluso me estaba acostumbrando a la temperatura de su piel. Ahora ya no me daba tantos escalofríos.

— ¿La fábrica de cuero es realmente tuya? ¿O la oferta de trabajo era sólo un cebo para

atraerme aquí?

— ¿De dónde crees que sale el dinero para mantener todo este palacio? — Se rio. — Sí, Micaela, la fábrica es mía, pero cambio la dirección de vez en cuando para no levantar sospechas sobre el hecho de que nunca envejezco.

— ¿Es como un CEO fantasma?

— Casi.

— ¿Puedo tener mi propio trabajo? Trabajar el cuero, idear diseños, negociar con las marcas de Milán y del resto del mundo.

— Si eso es lo que quieres…

— Sí, quiero hacerlo. No me gusta la idea de sentarme a esperar a que pasen cosas, necesito ensuciarme las manos.

— No pasa nada. — Sonrió mientras volvía a inclinarse sobre mí y me pasaba la mano por el labio inferior, quitándome un resto de salsa de tomate.

Sus ojos rojos me paralizaron y sentí que mi corazón latía más deprisa. Al mismo tiempo que sentía un poco de miedo, había una parte de mí que se sentía cómoda de pie frente a él.

Me incliné más hacia él y dejé que mis labios rozaran los suyos brevemente.

Rápidamente, antes de que pudiera pensar con claridad, Tommaso empujó los objetos de la mesa y me levantó por la cintura, haciéndome sentar sobre ella. Solo me di cuenta de lo que había pasado cuando mi cuerpo chocó contra el tablero de madera de la mesa.

— ¿Qué has hecho?

— Te senté aquí.

— Para... Oh... — Mi frase se interrumpió cuando acercó su boca a mi cuello y mi corazón dejó de latir. — Tommaso...

— Huele tan bien.

Abrí ligeramente la boca, pero no pude decir nada, sólo dejé escapar un gemido. Era alucinante cómo conseguía rodearme con sus brazos y evitar que temblara de miedo ante la proximidad de sus colmillos en mi cuello.

Se acomodó entre mis piernas y sus labios rozaron mi garganta. El impulso de echar la cabeza a un lado y dejar que me mordiera era demasiado intenso. Era como si no tuviera control sobre mi propio cuerpo.

— ¿Vas a morderme? — Cuando se me escapó la pregunta, fue más por curiosidad que por miedo, pero le hizo dar un paso atrás con tal agilidad y repulsión que se estrelló contra el armario de la cocina que tenía detrás y volcó unas sartenes.

— ¡No!

— ¿Tommaso? — Me levanté de la mesa y caminé hacia él. Parecía completamente asustado y yo no entendía exactamente qué había pasado.

— No volveré a hacerle daño —. Murmuró.

— Por mí no hay problema. — Le puse las manos en el pecho y sentí que temblaba.

Normalmente era yo quien sentía miedo, no al revés.

— No pasa nada—, repetí.

— Tal vez deberíamos llamar a Cesare.

— No necesitamos a Cesare.

Inhaló profundamente y volvió a exhalar, intentando relajarse con una respiración más profunda.

— Cuando oí que tu corazón dejaba de latir...

— ¡Hey! — Fue mi turno de poner mi mano en su cara. — Ahora todo ha terminado.

— No sabes cuánto me ha perseguido ese día a lo largo de los siglos.

— Has cometido un error, todos lo hemos hecho.

— No fue un error cualquiera. — Podía ver el miedo y el sufrimiento en sus ojos y lo único que quería era ayudarle a calmarse.

— Lo importante es que ahora estoy aquí. — Cogí su mano y la puse sobre mi corazón. — Estoy aquí...

Con la otra mano, Tommaso me rodeó la nuca y me sorprendió acercándome con un ágil movimiento. Tardaría en acostumbrarme a su velocidad. Su boca se apoderó de la mía y sentí la intensa presión de sus labios sobre los míos. Por mucho que intentara controlarse, su fuerza era demasiado grande. Dejé que su lengua se encontrara con la mía y sentí el calor que me calentaba, a pesar de su tacto helado.

Su mano, que había estado en mi pecho, se retiró y volvió a agarrarme, Tommaso me levantó y acabé de nuevo sobre la mesa. Pasé las manos por su larga y ancha espalda, recorriendo los músculos y deslizándome hasta la base de su cintura. Debajo de aquella espantosa complexión de vampiro, era un hombre muy atractivo.

Con las manos en la cintura, me llevó un poco más atrás y yo me apoyé más en el tablero de la mesa para mantener el equilibrio mientras respondía a sus besos. Con cada roce podía sentir cómo crecía mi deseo, por muy loco que pareciera.

Sus manos se metieron bajo mi fina blusa y lo siguiente que supe fue que la prenda estaba en el suelo. Sin embargo, en lugar de desesperarme ante la posibilidad de que alguien nos viera allí, sonreí y volví a besarle.

No pude evitar explorarlo, recorriendo con mis manos su pecho, sus hombros y su espalda.

Era como si le reconociera en cada caricia, por loca que fuera. Lo de ser la reencarnación del amor que había perdido me seguía pareciendo una locura, pero la calentura era muy real.

Tommaso bajó la cabeza hasta el valle entre mis pechos, haciéndome sacar el pecho, instándole a que me chupara. Mientras tanto, sus firmes manos bajaban por mis muslos y me hacían rodearle la cintura con las piernas.

Solté un gemido más fuerte cuando su lengua me acarició el pezón. Mi respiración se

aceleró un poco más mientras le incitaba a seguir. Realmente deseaba sus caricias, sus manos y su boca por todo mi cuerpo.

Me eché un poco hacia atrás, casi tumbada sobre la mesa, cuando empezó a bajar, separándome las piernas y deslizando su boca por mi vientre hasta acercarse cada vez más a mi vagina. Mi zona íntima palpitaba y deseaba desesperadamente que llegara pronto.

Rápidamente se deshizo de lo que llevaba puesto y me tumbé sobre la mesa mientras su frío aliento se acercaba a la zona donde más lo deseaba. Abrí las piernas y rodé lentamente, suplicando en silencio hasta que me agarró las nalgas y acercó su lengua. Quien pensara que un hombre nunca podría acercarse al poder de un vibrador es que nunca había experimentado la lengua de un vampiro.

Tuve que apretar los labios y morderme el labio inferior para no gemir demasiado fuerte cuando empezó a lamerme y chuparme. Su lengua me producía efectos que nunca había experimentado.

Tommaso me soltó las nalgas y me mantuvo los muslos abiertos mientras yo me entregaba por completo. En pocos minutos experimenté el mejor orgasmo de mi vida. Fue tan maravilloso que me hizo desplomarme sobre la mesa jadeando y me mantuvo con las piernas abiertas, totalmente rehén de aquel hombre.

Vi cómo se bajaba la cremallera de los pantalones y se acercaba a mí, arañé la superficie de la mesa y me estiré para acercarme al borde de la misma, preparándome para tenerlo dentro de mí. Aunque me había hecho correr, quería más.

Cuando se deslizó dentro de mí, arqueé el cuerpo sobre la mesa y dejé escapar un gemido. No quería que Cesare ni nadie se enterara de que estábamos follando en la cocina, pero sería difícil ocultarlo.

Tommaso se inclinó sobre mí y apoyó una mano en la madera mientras con la otra sujetaba uno de mis pechos.



TOMMASO

Capítulo 17

Su pelo castaño estaba esparcido sobre la madera y sus ojos estaban en blanco en una deliciosa expresión de placer mientras la penetraba. Aquella era una imagen que grabaría, aunque sólo fuera en mis pensamientos. Su placer, su entrega y una conexión que parecía seguir siendo la misma, aunque hubieran pasado tantos años.

— Tommaso — gimió mi nombre y me instó a moverme aún más rápido.

El control que necesitaba para no hacerle daño era demasiado grande, pero después del dolor de los últimos siglos, no quería volver a perderla por nada.

Su corazón latiendo deprisa y el olor de su sangre corriendo por sus venas despertaron la parte monstruosa de mí, pero no iba a morderla. Era un riesgo que no podía volver a correr.

Sólo quería disfrutar de ella y de lo increíble que se sentía estar juntos de nuevo. Me incliné sobre ella y la levanté, sujetándola por la nuca y volví a besarla mientras ella seguía sentada conmigo apretada contra ella y rodaba deliciosamente sobre mi polla.

Sus labios se acercaron a mi oído y pude oír cada uno de sus gemidos mientras frotaba sus pechos turgentes contra mi pecho y se abrazaba a mis hombros para que estuviéramos más conectados. Esta versión de ella estaba aún más relajada y parecía menos temerosa de entregarse a mí por puro placer.

En el siglo XVI, el hecho de que una dama de buena familia se entregara a un hombre antes del matrimonio, especialmente a un plebeyo, se consideraría un gran escándalo. Sin embargo, en el siglo XXI, éramos libres de disfrutar de los placeres carnales a nuestro antojo.

Se revolcó en el borde de la mesa, tan húmeda al sentirme dentro de ella, y no mostró ninguna incomodidad al tener su piel en contacto con la mía. Sentí sus uñas en mi espalda y me apretó con más fuerza mientras las paredes de su sexo se contraían contra mi polla.

Estaba disfrutando mucho de esa versión más desinhibida de mi amada.

— ¡Tommaso! — gritó más fuerte y sentí que se corría mientras seguía frotándose contra mí.

Tomé sus labios, sintiendo su beso y captando sus gemidos de placer mientras se entregaba por completo. Me moví más rápido y me permití unirme a ella, mientras mi lengua se entrelazaba con la suya.

En medio del beso, mi colmillo sobresalió y acabó causándole un pequeño corte en los labios. Fue sólo una pequeña gota de su sangre en mi boca, pero suficiente para que me apartara como si me hubiera dado una descarga.

Fue tan rápido e impulsivo que acabé chocando contra los muebles de la cocina y derribando algunos objetos, lo que provocó un golpe.

— ¿Qué ha pasado? — No entendía muy bien mi reacción.

— Pido disculpas. — Agaché la cabeza torpemente.

— ¡Eh! — Se levantó de la mesa y vino hacia mí, poniéndome la mano en la mejilla y haciéndome levantar los ojos para mirarla. — No pasa nada.

— No quería hacerle daño.

— No me has hecho daño.

— Pero...

— Sin tonterías. — Se puso de puntillas y me dio un beso. — Déjame vestirme antes de que alguien venga y me vea desnuda.

— Te quiero desnuda.

— Esos cuadros de ahí arriba me lo decían muy bien. — Me dedicó una sonrisa amarilla. — Pero preferiría que nos guardáramos eso para nosotros.

— Me parece bien.

— Eso está bien.

Se vistió y cogió más pasta, comiéndosela como si fuera el plato más delicioso del mundo y yo feliz de complacerla.

Después de todo lo que habíamos pasado, sólo quería que fuéramos felices.



MICAELA

Capítulo 18

Meses después...

Me di la vuelta en la cama mientras me estiraba y me desperté con Tommaso sentado en el borde, mirándome como si estuviera observando mis sueños.

Debería haberme acostumbrado desde que estábamos juntos. Siempre se iba a la cama conmigo, pero nunca estaba segura de si realmente estaba dormido. No pregunté en ningún momento, porque siempre que me despertaba, él estaba allí y eso me parecía bien.

No recordaba la vida que tuvimos antes de morir, los únicos recuerdos que tenía eran los que me dio la bruja, pero cada minuto que pasaba con Tommaso podía sentir que lo amaba de verdad. Era tan intenso que no se podía explicar en unos meses de estar juntos, por increíble que fuera el sexo.

Había probado a muchos chicos en mi vida, pero ninguno podía compararse con un vampiro.

— ¡Buenos días! — Tommaso se inclinó y me dio un beso rápido.

— ¡Buenos días! -me levanté con una sonrisa aún más grande.

— ¿Vas a trabajar hoy?

— ¡Claro que sí! No quiero que pienses que por ser la chica del jefe estoy holgazaneando. Estoy negociando con una marca de París y quieren comprar nuestro cuero cien por cien italiano.

— ¡Qué bien!

— ¿Verdad? Estoy seguro de que podría ser una muy buena expansión de nuestro negocio.

— No sabía que fuera una mujer de negocios tan astuta.

— Las mujeres de hoy no viven de vestidos bonitos y muchos criados. — Me encogí de hombros.

— Fue un gran paso adelante.

— ¡Claro que sí!

Entré en el cuarto de baño, que tenía una puerta oculta en el armario, y me incliné sobre el lavabo para cepillarme los dientes. Me sobresalté cuando unos mechones de pelo blanco asomaron, saltarines, llenos de encrespamiento.

No era el primer mechón de pelo blanco que tenía. Llevaba notándolos desde los veintitrés años, pero aquel día el impacto fue mucho mayor, porque me recordó que estaba envejeciendo como cualquier otro ser humano corriente.

Tragué saliva y me estremecí por completo.

En otro tiempo sería normal, todo el mundo envejece. Bueno, todo el mundo excepto mi novio...

Cómo sería dentro de diez o veinte años, cuando las canas no puedan arrancarse sin más y las arrugas de expresión requieran mucho más que maquillaje para disimularlas.

¿Tommaso aún me amaría?

Parecía una pregunta completamente absurda, pero me costó más de lo que hubiera querido.

Después de esperarme tanto tiempo, acabaría muriendo de vieja y Tommaso volvería a quedarse solo, y pensar en eso hacía que mi corazón latiera con fuerza y me molestaba.

¿Y si me convirtió...

¡Micaela!

Luché conmigo mismo mientras la posibilidad se apoderaba de mi mente. No había funcionado la primera vez, ¿por qué iba a hacerlo esta vez? Por supuesto, no quería envejecer y parecerme a su abuela mientras Tommaso seguía siendo aquel hombre hermoso y musculoso...

Pero volver a morir no parecía una buena alternativa.

— ¿Micaela? — Tommaso apareció en la puerta del baño y me quedé boquiabierta.

— ¡Hola!

— ¿Va todo bien? — Se inclinó hacia mí para analizarme mejor.

— Sí...

No insistió, pero estaba segura de que mi corazón latía lo bastante rápido como para delatarme.

— Me cambiaré y nos iremos.

— De acuerdo. — Me sonrió. — ¿Quieres que te prepare el desayuno?

— Un bocadillo y un expreso estarían muy bien.

— Lo tengo. — Desapareció antes de que pudiera parpadear.

Aunque nuestro tiempo juntos se intensificaba a medida que pasaban los días, me seguían sorprendiendo sus habilidades sobrehumanas.

Podría pensar en ello más tarde, pero no sería tan fácil ignorar el hecho de que yo me haría mayor y él seguiría igual. ¿Seguiría Tommaso tan enamorado de mí cuando me pareciera a su madre?

Pensar en ello sólo me haría sufrir en vano, pero las canas acabarían atormentándome.



TOMMASO

Capítulo 19

Micaela se fue con Cesare a la fábrica de cuero. Le iba muy bien en el trabajo y disfrutaba con lo que hacía, pero aquella mañana me sentí extraño por ella. Su corazón se aceleró, mostrando que se había sobresaltado al verme acercarme, pero no sabía exactamente por qué.

Habíamos estado bien durante los últimos meses, todo lo felices que yo hubiera querido, pero aquel día me di cuenta de que había algo que la preocupaba. No quería que nada nos sacudiera.

Normalmente no me suponía ningún problema pasarme el día escondida en las sombras del palacio para protegerme del sol. Cesare hacía todo lo que necesitaba y era mis ojos y oídos durante el día, pero esta vez tenía muchas ganas de ir tras ella y averiguar qué podía estar pasando. Aunque ella me dijera que no era nada.

Había innumerables razones por las que Micaela se había asustado y no necesitaba ponerme neurótico por ello, pero pasé el día inquieto hasta que cayó la noche.

Aún no había llegado a casa y yo debía esperar como siempre, pero esta vez decidí ir tras ella.

Ni siquiera me molesté en sacar el coche del garaje, porque yo podía moverme mucho más rápido que él. Conduje por el centro de la ciudad escondido entre las sombras y los rincones oscuros, pareciendo un soplo de viento, hasta la oficina de la fábrica.

Nada más entrar, vi a Micaela guardando algunas pertenencias en su bolso y ni siquiera reparó en mí hasta que me atreví a hablar.

— ¿Qué tal el día?

— ¡Tommaso! — Se dio la vuelta enfadada y se apoyó en la mesa para no caerse.

— Lo siento, no quería asustarte.

— Todo va bien. — Sonrió torpemente y se pasó una mano por la cara, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. — Pero, ¿por qué has venido? ¿Necesitas que te ponga al día de algo relacionado con los negocios?

Negué con la cabeza.

— Sólo quería verte.

— Estoy bien.

— ¿Está segura? — insistí en la pregunta, esperando que me revelara algo más. — Parecías extraña esta mañana.

— No es para tanto.

— Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa. — Di un paso hacia ella y miró hacia atrás, viendo la mesa y dándose cuenta de que no había otro sitio adónde ir.

— Es basura.

— ¿Micaela?

Respiró hondo y se masajeó las sienes antes de volverse hacia mí, aparentemente intentando elegir bien sus palabras antes de hablarme.

— ¿Me seguirás queriendo cuando me parezca a tu abuela?

— ¿Qué? — La pregunta era tan inapropiada que me sorprendió.

— Voy a envejecer, Tommaso.

— Eso es normal en los humanos. — Me encogí de hombros.

— Pero no para ti.

— Micaela... — Fue mi turno de retroceder, ya había escuchado ese discurso y no me gustó nada.

— No importa. — Sacó su bolso y se lo colgó del hombro.

— Mira, realmente quería que pasaras la eternidad conmigo.

— ¿Y? ¿No hay más?

— No entiendes lo duro que fue para mí perderte la primera vez. Toda la culpa y el dolor que arrastré me persiguieron durante siglos.

— Pero ahora estoy aquí.

— Gracias a eso soy muy feliz. Quiero que siga así.

— Aunque me sigas queriendo cuando sea vieja y esté llena de arrugas. ¿Voy a vivir otros cincuenta, sesenta años?

— La medicina moderna ha avanzado mucho... — Busqué una alternativa para convencerla.

— No es suficiente para que alguien viva durante siglos.

— ¿Por qué te preocupa esto ahora?

Teniendo en cuenta la historia de Arabela y su muerte, imaginé que Micaela nunca cometería el mismo error y me pediría que la transformara.

— Noté unos mechones de pelo blanco por la mañana.

— Eres preciosa, Micaela. — Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla. — Con el pelo castaño o blanco, me da igual.

— No es por el pelo. Es sólo una señal de que me estoy haciendo mayor.

— No lo entiendes. — Miré hacia otro lado. — No puedo arriesgarme a perderte de nuevo. Fue la peor sensación que he tenido.

— No me perderás. En ese momento acababas de ser transformado, no tenías experiencia en crear vampiros.

— Todavía no lo hago — admití la verdad. — Después de tu muerte no intenté cambiar a

nadie más.

— Esta vez funcionará.

— ¡No! —, grité, haciendo temblar las paredes del despacho.

— Imaginé que querías quedarte conmigo para siempre. — Su expresión me rompió el corazón, pero ella no tenía ni idea de lo difícil que era para mí.

— ¡Claro que quiero! — Apreté los labios y rechiné los dientes para intentar contener la rabia que me consumía. — Pero no puedo volver a ser responsable de tu muerte.

— Esta vez puedes hacerlo. — Se inclinó hacia mí y puso su cálida mano en mi pecho.

— No puedo...

— Entonces debes de conocer a alguien que pueda hacerlo. — El brillo de esperanza en sus ojos sólo hizo que me preocupara aún más. Has sido transformado por alguien...

— No es tan sencillo.

— Tommaso.

Pensé en mi creador y en el hecho de que llevaba mucho tiempo sin encontrarme con él. Yo era una oveja descarriada. Había vivido con él durante algún tiempo, pero siempre volvía a Italia con la esperanza de reencontrarme con Arabela, por imposible que pareciera a cada paso.

— No sé...

— Podría ser posible. — Su alegre sonrisa seguía asombrándome.

— Ser vampiro tiene sus ventajas, Micaela, pero no es precisamente una bendición. Para empezar, tendrás que renunciar a tu vida diurna.

— Puedo acostumbrarme.

Lo único que quería era que cambiara de opinión, pero no parecía que fuera a ser tan sencillo.



MICAELA

Capítulo 20

Sabía que era arriesgado. Convertirme en vampiro significaría que tendría que cambiar muchas cosas en mi vida. No podía imaginarme cómo sería vivir con mi familia cuando se dieran cuenta de que no estaba envejeciendo, pero quería hacerlo.

La idea de que el tiempo actuara sobre mí mientras Tommaso seguía siendo el mismo era aterradora y, por egoísta que pareciera, era un instinto que no podía dejar de tener. Era fácil comprender por qué mi versión del renacimiento deseaba tanto transformarse y también por qué Tommaso tenía tanto miedo.

¿Y si no lo consigo?

Tragué saliva mientras pensaba en ello. Era obvio que no quería morir, quería la eternidad al lado de Tommaso y no acabar con todo.

— No tiene por qué ser ahora, ¿verdad? — Tommaso se acercó a mí y me acarició la mejilla.

He dicho que no.

— Creo que puedo esperar.

— ¿Unos cuantos años?

— ¿Cuántos años tiene?

— Unos diez.

— ¿Todo eso? — Apreté los dientes. — Seguiré pareciendo mucho mayor que tú cuando ocurra.

— No veo ningún problema. — Todavía estaba tratando de convencerme.

— Ahora, dentro de unos años, ¿seguirías pensando así?

— Arabela... — Se corrigió enseguida. — Micaela, por favor.

— De acuerdo. — Negué con la cabeza. Me di cuenta de que seguir insistiendo en esto podría acabar poniéndolo furioso. — ¿Por qué no vamos a casa? Me encantaría que me hicieras una carbonara.

Esbozó una leve sonrisa.

— Vámonos. — Me tendió su mano helada y yo asentí con la cabeza. — Pero no tengo coche.

— ¿Cómo llegaste tan rápido? Ah, claro... — Me di cuenta enseguida de que me sentía tonta por hacerlo. — Cesare aún debe estar abajo...

— ¿Por qué no vienes conmigo? — Me interrumpió.

— ¿Ir contigo? — Alcé las cejas sorprendido. — No tengo tu velocidad.

— Pero puedo llevarte.

— ¿Puedes?

Tommaso asintió.

— Estaría bien.

Rápidamente me rodeó y me levantó. Por reflejo, me agarré a su cuello por miedo a caerme.

— ¿Preparada?

— Eso creo...

Apreté con más fuerza el cuello de Tommaso, que se movía como un coche a toda velocidad. Todo a mi alrededor, las calles, los edificios e incluso la gente eran grandes borrones.

Parpadeé un par de veces y pronto nos encontramos en el vestíbulo del palacio.

— ¡Vaya!

Apoyé la cabeza en su pecho porque estaba tan mareada que tuve que apretar los labios para no vomitar.

— ¿Te encuentras bien?

— Humrum...

Tommaso se rió.

Inspiré y espiré varias veces hasta que la habitación dejó de dar vueltas a mi alrededor. Me apoyé en su hombro para levantarme.

— Lo hiciste a propósito, ¿no?

— Sólo quería que te divirtieras.

— ¿Disfrutar? — Mostré mi lengua.

— ¿Ves?, fue divertido.

— Vale, yo me ducho y tú me haces la pasta.

— Esta bien. — Se inclinó para darme un beso. — ¿Quieres que te lleve a tu habitación?

— Esta vez usaré el ascensor.

— Depende de usted. — Se encogió de hombros.

Si su intención era hacerme olvidar mi petición de convertirme en vampiro, Tommaso lo consiguió, al menos por unos instantes.



TOMMASO

Capítulo 21

Por fin se había dormido.

Me senté en el borde de la cama a ver dormir a Micaela.

Era obvio que quería tenerla para siempre, no volver a preocuparme por la posibilidad de una existencia sin ella, pero la idea de matarla de nuevo me hizo entrar en pánico. Sentía que no podía correr el riesgo.

El dolor de perderla era algo que no quería volver a experimentar.

Pero envejeceré...

Me incliné para acariciarle la mejilla y Micaela se revolvió, como si reaccionara a mi tacto helado, pero no se despertó.

De hecho, tenía unas cuantas canas, pero eso no me importaba. Podría haber pensado que la hacían más encantadora, pero sí, significaba que se estaba haciendo mayor. El tiempo era muy cruel con los humanos y dejaba su huella muy rápido. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿No era mejor dejar que el tiempo la consumiera que matarla yo mismo?

Podía sentir de nuevo todo el dolor de sostener a Arabela sin vida en mis brazos. Perderla era lo más terrible que me había pasado nunca y no quería que volviera a ocurrir.

Me incliné hacia delante y cogí el móvil. Esperaba que su número siguiera siendo el mismo, aunque no lo buscaba muy a menudo.

Escribí un mensaje rápido, yendo directamente al grano.

Tommaso:

Necesito ayuda.

No tardó mucho en contestarme, lo que fue una relativa sorpresa.

Edmund:

Ya sabes dónde encontrarme.

No dije nada más y él tampoco. Sin embargo, eso me bastó para saber qué hacer.



MICAELA

Capítulo 22

-My love...

— Hmm... — Me di la vuelta cuando sentí los dedos fríos de Tommaso en mi brazo. Estaba dormida y no esperaba que me despertara en mitad de la noche. — ¿Ocurre algo?

— Vámonos de viaje.

— ¿Y ahora? — Algo borracha de sueño, alargué la mano y saqué el móvil de la mesilla de noche. — Son las dos de la madrugada.

— Tenemos que irnos mientras esté oscuro.

— Ah, sí. — Tiré las piernas de la cama y me levanté, recordando que a Tommaso no se le permitía salir a la luz del día. — ¿Adónde vamos?

— Inglaterra.

— ¿Tengo que hacer la maleta?

— Llévate ropa para unos días.

— DE ACUERDO.

Me froté los ojos y fui al baño, luego volví, cogí algunas cosas del armario y las metí en una maleta. Debería haberle preguntado por qué nos íbamos así a Inglaterra, pero aún tenía sueño y me estaba despertando poco a poco. Sin embargo, pensé que tenía una buena razón para que él quisiera hacer esto.

Cuando bajamos al vestíbulo, Cesare estaba allí de pie, esperándonos como el fiel empleado que era.

— ¡Buenas noches!

— Hola, buenas noches.

— ¿Estás preparado?

— ¡Sí¡—. respondió Tommaso con tono firme.

Subimos a un coche y Cesare nos llevó al aeropuerto de la ciudad. Volaba mucho, pero en un jet privado. Lo había alquilado para transportarnos solo a los tres a Londres.

El vuelo duró unas horas y cuando bajamos en tierra de la Reina era justo antes del amanecer.

Subimos a un taxi y yo no sabía exactamente adónde íbamos, pero tenía curiosidad por observar la ciudad de noche, porque nunca había estado allí.



TOMMASO

Capítulo 23

Micaela estaba callada, pero miraba todo lo que nos rodeaba. Imaginé que iba a acribillarme a preguntas sobre por qué estábamos allí, pero no dijo nada. Confiaba en mí y no sabía si eso era bueno.

No faltaba mucho para el amanecer cuando el taxi aparcó frente a un pub de puertas oscuras y alejado del gran flujo de gente.

— ¿Dónde estamos? — Micaela inclinó la cabeza hacia delante e intentó mirar la fachada del lugar.

— Lo llamamos Conexión V.

— ¿Has estado aquí antes?

— Sí. Es el hogar de mi creador.

Micaela se encogió y yo la rodeé con mis brazos, acercándola más.

— Estás a salvo conmigo.

— Lo sé, lo sé. — Me dirigió una sonrisa forzada.

— Tenemos que entrar, señor. — Cesare abrió la puerta del pub. — Pronto saldrá el sol y no es seguro estar fuera.

Cuando entramos en la habitación, sentí cierta nostalgia. El lugar seguía exactamente como lo recordaba, a pesar de que había pasado más de un siglo desde la última vez que había estado allí. Las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas y toda la estructura era de madera oscura y rojiza, que parpadeaba bajo la luz amarillenta de las lámparas con forma de vela.

Micaela se puso a mi lado cuando se dio cuenta de que las personas sentadas en las mesas tenían los ojos rojos como los míos.

— ¿Son vampiros? — preguntó en un susurro.

— Sí. Este lugar es un santuario para nosotros.

— El hijo pródigo vuelve a casa.

Me di la vuelta al oír la voz que me llamaba.

Yo no era el único vampiro que Edmund había transformado, Alex era mayor que yo y, a diferencia de mí, siempre se mantuvo cerca de nuestro creador.

— ¿Dónde está Edmund?

— Fue a cuidar a los más pequeños.

— ¿Ha convertido a alguien recientemente?

— Han pasado unos cuantos años. — Alex se encogió de hombros. — Pero sigue comportándose como un adolescente. Sabe que lleva tiempo acostumbrarse a todo.

— Algunos más que otros.

— Ya sabes.

Alexandre se acercó y olisqueó a Micaela, haciendo que se encogiera aún más contra mí, asustada.

— ¿Quién es?

— No te acerques. — Mostré mis colmillos.

— Cálmate, Tommaso. — Alex dio un paso atrás. — Estamos en casa, entre hermanos, tu chica está a salvo aquí, quizá más segura de lo que estaba cuando te convertiste.

No me gustó la forma en que lo dejó claro, pero era un hecho, había perdido a Arabela la primera vez sin tener culpa alguna.

Pronto saldrá el sol e imagino que Edmund no tardará en volver, así que le esperaré dentro.

— Siéntete como en casa. — Alex se hizo a un lado y me dejó pasar.

Tiré de Micaela conmigo hasta que estuvimos lejos del salón del bar, donde los vampiros se sentían atraídos por su olor humano. Ni siquiera la presencia de Cesare y el nauseabundo aroma de los trolls parecían suficientes para enmascararlo.

— No debería haberla traído aquí—, empecé a refunfuñar, arrepintiéndome ya de mi comportamiento antes incluso de reencontrarme con mi creador.

— ¿Por qué no? — quiso saber.

— Puede que no estés a salvo.

— Pensé que lo estaría. — Contuvo la respiración unos instantes, pero pronto trató de invertir la situación.

— Ese vampiro os trató como hermanos, ¿por qué?

— Es común cuando tenemos el mismo creador.

— ¿También fue transformado por Edmund?

— Sí, hace mucho tiempo. Alex es mayor que yo. También están Ivan y Lasher, al parecer alguien más joven que no conozco. Hace más de un siglo que volví a Italia y me comunico con ellos esporádicamente.

— ¿No te gusta pasar tiempo con tu familia?

— En realidad no son mi familia. — Abrí la puerta del despacho de Edmund y le hice un gesto para que entrara.

— La familia es algo más que cuando nacimos.

— Humrum. — Me encogí de hombros sin que realmente me importara.

Mientras la esperaba, sentí que estaba predestinado a estar solo. A vagar por la eternidad sin mi gran amor y a soportar amargamente una existencia solitaria. Incluso a Cesare traté de apartarlo a veces, pero era muy útil y necesitaba su ayuda para ocuparme de los negocios y de los humanos.

Hablando de él, miré hacia atrás y me di cuenta de que se había separado de nosotros, probablemente quedándose en el bar. Imaginé que era para darnos un poco de privacidad.

— ¿Por qué no te sientas? — Le indiqué a Micaela el sofá vacío.

— Gracias, señor.

Me impacienté un poco y me pregunté si Edmund volvería realmente aquel día. Quizá estaba ocupado con algún otro asunto eterno y no podía dedicarme tiempo. Había pasado tanto tiempo fuera que ni siquiera tenía derecho a exigir nada.

— Creo que será mejor que... — Empecé a decirle algo a Micaela, pero antes de poder continuar oí un ruido en el pasillo que me hizo detenerme.

— ¿Creo? — preguntó, pero antes de que pudiera responder, Micaela vio a mi creador entrar en el despacho acompañado de otro vampiro.

Olfateé el aire y traté de identificarlo. No tenía el olor a madera vieja y sangre seca de los vampiros más viejos. Aunque no era un recién transformado, debía de haberme convertido en vampiro hacía al menos cincuenta años. Sin embargo, cada uno tenía su tiempo para acostumbrarse a su nueva vida.

— Tommaso — mi creador murmuró mi nombre.

— Ah, ¿es ese del que todo el mundo habla pero nunca da la cara? — preguntó el hombre más joven al inclinarse hacia delante y fijarse en mí.

— Mi hogar siempre será Italia—, respondí sin demora.

— Me he enterado. — El joven se encogió de hombros. — Soy Archie, por cierto. — Me tendió la mano y me quedé mirándola hasta que decidí estrechársela.

Se hizo el silencio por un momento hasta que Archie estiró el cuello y vio a Micaela sentada en el sofá.

— ¿Quién es ella?

— Soy Micaela. — Saludó sin gracia y en ese momento me di cuenta de que hablaba inglés.

— Edmund, tenemos que hablar. — Me volví hacia mi creador con una mirada más seria para que me prestara atención.

— Archie, ¿por qué no vas a ver si Ivan necesita ayuda?

— Entendido. Entendido. — El joven vampiro utilizó su velocidad sobrenatural y salió de la oficina, dejándonos solos.

— ¿Así que es ella? — Edmund dio unos pasos lentos y se detuvo frente a Micaela, echando una larga mirada a la mujer antes de volverse hacia mí.

— Sí.

— Tardó en reencarnarse.

— Varios siglos.

— ¿Es como lo recordabas?

— Exactamente lo mismo.

— Así que el trato con la bruja valió la pena.

He dicho que sí.

— ¿La trajiste aquí para que tus hermanos y yo pudiéramos conocerla? Ese nunca fue tu estilo.

— No se trata de eso.

Edmund cruzó los brazos detrás del cuerpo, haciendo hincapié en su largo y pesado abrigo oscuro, y dejó escapar un largo suspiro.

— Debí suponerlo. ¿Entonces por qué razón?

— Necesito tu ayuda.

— ¿Por qué? Ella está aquí ahora. Ella está aquí ahora y pensé que eso era todo lo que querías.

— Sí. Ella es todo lo que más quiero y no quiero arriesgarme a perderla de nuevo. Por eso he acudido a ti. Te pido por favor que la conviertas en una de nosotros.

— No puedo hacerlo—, dijo en un tono tan firme y frío que me sorprendió.

— ¿Por qué no? — Micaela se levantó del sofá de un salto.

— Criar a alguien es una gran responsabilidad—, explicó Edmund con la serenidad de quien ha vivido durante milenios.

— Ya lo sé. — Apreté los dientes.

— Si la decisión de cambiarla vino de ti, eres tú quien tiene que hacerlo. Ella tiene que ser tu descendencia, no la mía.

— Pero... — Di un paso atrás desequilibrado, como si me hubieran golpeado en el pecho, aunque no me habían lanzado nada. — Edmund, sé que no he sido el mejor ejemplo de hijo, pero eres el único que conozco que puede hacer esto con seguridad.

— No voy a convertirla, Tommaso.

— ¿Por qué no? — Molesto, sacudí la cabeza de un lado a otro.

Sé que era distante y esquivo, pero no imaginaba que rechazaría algo tan importante para mí.

— Tienes que ser tú. — La serenidad de Edmund aún me impresiona.

— ¡No puedo! — Cambié el tono al recordar el incidente en el que lo había intentado y ella había acabado muerta. — Sabes que no puedo... — Bajé la cabeza completamente frustrado.

— Ha pasado mucho tiempo.

— No puedo correr el riesgo.

— Si eso es lo que quieres, el riesgo es todo tuyo.

— Edmund, ¿no lo entiendes? — Apreté los puños con furia.

— Sí, lo entiendo, hijo mío. — Se acercó a mí e intentó tocarme el hombro, pero lo esquivé por reflejo.

— No puedo...

— Es por amor que quieres que se transforme, así que es por amor que debes hacerlo.

— Ya la perdí una vez. — gruñí.

— Si quieres mi ayuda, allí estaré, pero depende de ti hacerlo.

— No... No... — Movió la cabeza negativamente.

Estaba tan perdido en mi propia indignación cuando me di cuenta de que Micaela se me había acercado y sentí que su mano me tocaba el pecho.

— Puedes hacerlo, Tommaso.

— No puedo perderla otra vez.

— En el peor de los casos, esperarás unos cuantos siglos más hasta que vuelva. — Esbozó una sonrisa amarilla en un intento idiota de hacer una broma.

— Esto no es una broma.

— Pero, ¿qué vas a hacer cuando envejezca y acabe muriendo dentro de cincuenta o sesenta años?

— I... — Aparté la mirada porque no sabía exactamente qué decirle. — Habríamos vivido juntos al menos medio siglo.

— ¿Y qué?

— No tenemos que preocuparnos por eso ahora.

— Cincuenta años es mucho tiempo para mí, pero ¿y para usted?

— ¡Basta ya! — Mostré los colmillos, resoplando, y acabé haciéndola retroceder ante mi expresión asustada.

Micaela retrocedió unos pasos, pero siguió mirándome fijamente.

— Puedo ayudarte— dijo mi creador, poniéndome la mano en el hombro—. pero no lo haré por ti.

— Por favor... — Micaela susurró.

Mi mente daba vueltas, me aterrorizaba que todo volviera a suceder. Sin embargo, el tiempo era un cruel villano que se abatiría sobre nosotros de todos modos y solo había una forma de sortearlo.

Ambos me miraron fijamente como si no tuviera motivos para dudar de esa manera, pero el miedo a que todo volviera a suceder era terrible para mí. No quería vivir en un bucle eterno de sufrimiento como Alex.

— Puedes hacerlo, animó Micaela.

Inspiré profundamente, oliendo la sangre humana de sus venas. Oía su corazón latir cada vez más deprisa. La naturaleza bestial de mi interior ansiaba hundir los colmillos en su suave piel

y sentir su fluido vital fluyendo por mi boca.

Me había alimentado de muchos humanos antes, pero no era lo mismo con Micaela. El amor dentro de mí me impulsó a hacer todo lo posible para protegerla.

— Tommaso...

Asentí con la cabeza.

-Arabela... Micaela... Ya sabes cómo encontrarme de nuevo si no funciona.

Estaba tan tranquila como la primera vez que me lo había pedido, como si no se diera cuenta del peligro que corría.

— Tú puedes hacerlo. — Se apartó el pelo hacia un lado y me enseñó el cuello. La vena asomaba, casi como si el corazón latiera allí mismo. Su sangre fluyendo por su cuerpo me hizo salivar la boca.

Desde que había decidido quedarse conmigo, había vuelto a alimentarme de bolsas de sangre y ya no la tomaba directamente de la vena. Tal vez la abstinencia del líquido caliente directamente de la yugular me estaba afectando.

— Tommaso... — susurró mi nombre otra vez.

— No tienes ni idea del riesgo que corres.

— Confío en ti.

— Confiamos. — Edmund se unió a ella y no sabían lo terrible que era para mí.

No... No...

No podía perderla otra vez.

Me dieron ganas de salir corriendo de allí, pero Micaela se acercó aún más. Su cuello me provocaba y me di cuenta de que estaba a punto de perder el control, pero no podía dejar que volviera a ocurrir.

Si lograba transformarla, pasaría la eternidad conmigo, pero si fracasaba, tendría que enfrentarme de nuevo al dolor y al sufrimiento.

— ¡Hazlo! — Edmund me animó.

— Puedes hacerlo —. continuó Micaela.

La bestia que llevaba dentro se agudizó, mis instintos me impulsaron hacia ella y le sujeté la cabeza hacia un lado, manteniendo su cuello al descubierto. Su corazón empezó a latir más rápido por la conmoción, pero dejó de respirar por completo, como si hubiera perdido el aliento.

Acerqué mi boca a la suave y delicada piel de su cuello. La sangre me llamaba como si susurrara al viento. Su aroma era dulce, como una de las mejores esencias que jamás había olido. Cedí al impulso y mis colmillos la atravesaron como una hoja de papel. La sangre entró en mi boca, deliciosa, cálida y ligera.

Mientras bebía, me agarró por los hombros y me clavó las uñas, dejando escapar un gemido de placer. La mordedura de un vampiro era muy excitante, lo que nos ayudaba a mantener cautiva a nuestra presa.

— Tommaso. — Se frotó contra mí.

Seguí chupando mientras sentía cerca la presencia de mi creador, pero no dijo ni una palabra.

A medida que drenaba la sangre de Micaela, ésta se volvía más lenta y su corazón se ralentizaba, como si no le quedara mucho líquido que bombear.

— Ahora más despacio—. le ordenó Edmund — Cuando su corazón deje de latir, para, no chupes más.

Era difícil no beber hasta la última gota, su sangre era la más sabrosa que jamás había probado.

Su corazón se debilitaba cada vez más, sus manos cayeron de mis hombros al perder toda su fuerza y entonces los latidos cesaron. Era difícil no seguir chupando...

— ¡Parad ya! — Ordenó Edmund.

Levanté la cabeza y sentí que la sangre me corría por los labios. Micaela se desplomó en mis brazos, completamente inmóvil. Estaba fría y su piel había perdido el enrojecimiento.

— ¡No! — rugí indignado contra mí mismo. — La he vuelto a matar.

— Espera... — Edmund me apretó el hombro.

Di unos pasos a trompicones y la coloqué en el sofá, acomodándola como si estuviera dormida, aunque ella no reaccionaba. Sentía que el corazón se me partía poco a poco ante la posibilidad de volver a perderla.

— No debería haber cometido el mismo error—. murmuré mientras apoyaba mi fría frente en la suya.

— Ten paciencia, Tommaso.

Estaba frustrado y sufriendo, pero mi esperanza volvió cuando oí un latido muy débil...



MICAELA

Capítulo 24

La sensación de morir era extraña, de repente el mundo que te rodeaba desaparecía y no había nada, sólo un vacío. No había luz al final del túnel ni nada parecido, sólo oscuridad y silencio.

Había insistido en que Tommaso me convirtiera y tenía que atenerme a las consecuencias. Si había vuelto una vez, podría volver otra y él tenía todo el tiempo del mundo para esperar.

Pero, ¿y si aquella vez me hubiera ido al vacío total?

Pareció que pasaba una eternidad antes de que sintiera algo. Un peso terrible y una extraña sensación recorriendo mi cuerpo, casi como metal líquido, caliente y hormigueante. Era como si acabara de salir de una operación con el peor efecto anestésico de la historia.

Me obligué a abrir los ojos, pero seguía siendo difícil de procesar...

— Está reaccionando —oí una voz masculina que no era la de Tommaso y tardé un rato en recordar a su creador.

Aquella frase sonó alentadora y me esforcé aún más por salir de aquel estado, pero mi estómago estaba cada vez más raro, ardiendo, ardiendo como si tuviera la peor úlcera posible.

Gemí de dolor y me encogí.

— ¡Micaela! — Oí el grito de Tommaso animándome, como una cuerda que me devolvía a la realidad humana.

Por fin conseguí abrir los ojos, pero luego los cerré porque la luz de la habitación parecía tan intensa que iba a cegarme. No era lo único intenso que había allí, los sonidos parecían demasiado fuertes, como si estuvieran sonando en el fondo de mi cabeza y me confundieran.

— Agité las manos y me apreté las sienes.

— ¿Cómo te encuentras? — Me di cuenta de que Tommaso estaba lo bastante cerca como para ponerme los pelos de punta, pero seguía sin poder abrir los ojos.

— Con dolor de cabeza y de estómago.

— Estás confundido, esto es normal y necesitas alimentarte de mi sangre para que la transformación sea completa.

Me esforcé un poco más por abrir los ojos y vi a Tommaso frente a mí. Se tiró del dobladillo de la camisa y extendió el brazo hacia mí. Intenté abrir la boca y me sobresalté cuando los colmillos brotaron, afilados y puntiagudos.

Todavía me dolía mucho la cabeza y sentía que el estómago me iba a arder de dentro a afuera.

Me incliné hacia el brazo de Tommaso y le enseñé los colmillos. Su sangre fluyó hasta mi boca. Era espesa, pesada y corpulenta, pero cayó en mi estómago como el mejor antiácido

posible, haciendo que el estómago dejara de revolverse y la cabeza dejara de dolerme.

— ¿Te sientes mejor? — Me acarició el pelo.

— Sí. — Aparté la boca y me limpié la sangre.

— Bienvenida a nuestro mundo, señorita. — Edmund me sonrió.

— Gracias, señor.

— Les pediré que te proporcionen una comida.

— ¿Comida? ¿Me estás diciendo que me aguante? — Abrí un poco los ojos sorprendida, en realidad no había pensado en la posibilidad de que al convertirme en vampiro tuviera que matar a otras personas para sobrevivir.

— Unas cuantas bolsas de sangre, pero te recomiendo que te mantengas alejado de los humanos por el momento. Los vampiros recién creados tienden a no ser capaces de controlar sus instintos, pero con el tiempo Tommaso te enseñará todo lo que necesitas saber para sobrevivir en nuestro mundo.

— Gracias, señor.

— En absoluto.

Parpadeé y desapareció de mi vista.

— ¿Seré capaz de moverme rápido así también? — Levanté los ojos y busqué los de Tommaso, que me sonreía.

— Sí, lo hará.

— Eso suena bien.

— Hay muchas cosas que te gustarán.

— Cuento con ello. — Me levanté y fue una sorpresa, era como si necesitara aprender a controlar mi cuerpo de nuevo. — ¿Podemos vernos en los espejos?

— Sí que podemos.

— ¿Puedes conseguirme uno?

Tommaso se movió rápidamente por el despacho y me entregó un accesorio de mano. Mi primera reacción ante mi rostro fue de asombro y sorpresa. Estaba completamente pálido, con la piel más blanca de lo que recordaba en ningún momento de mi vida, casi como una hoja de papel. Tenía la boca manchada de sangre, con pequeñas manchas a los lados, y los ojos rojos como dos rubíes, tan intensos y aterradores como los de Tommaso.

— Creo que voy a necesitar lentillas y una buena dosis de maquillaje cuando vuelva a ver a mis padres.

— Sí, lo harás.

Bajé el espejo y me volví hacia mi amado con una amplia sonrisa.

— Ves, funcionó. Ahora soy como tú.

— Casi te pierdo otra vez. — Levantó la mano y me tocó la mejilla de forma suave y

tranquilizadora.

— Pero no fue así. — Me puse de puntillas y acerqué mi boca a la suya.

— No, no lo fue. — Me rodeó la cintura con el brazo con más fuerza y solté un suspiro, dándome cuenta de que Tommaso ya no necesitaba controlarse conmigo porque teníamos la misma naturaleza.

Su boca apretó la mía y sentí que mis colmillos le perforaban los labios, pero a él no le importó lo más mínimo mientras su lengua se entrelazaba con la mía. Sentí que mis emociones brotaban y eran más intensas que nunca. Me sentía inmensamente feliz.

Oí que alguien pasaba por delante de la puerta y me di la vuelta, asombrada de lo rápido que era ahora.

— Siento interrumpir. — Rio el vampiro que reconocí como Archie. — Papá dijo que trajera sangre para la chica nueva, pero puedo volver en otro momento.

— ¡No! — Me acerqué a él. — Puedes darme esto. — Le quité la bolsa de sangre de la mano.

— Hambre de principiante. — Soltó una risita.

— Gracias —dije después de limpiarme la boca con el dorso de la mano tras coger por completo la bolsa de sangre-. — ¿Tienes más?

— Yo atiendo.

Asentí y desapareció de mi vista.

Volví a mirar a Tommaso, me sonreía y tuve la agradable sensación de que por el resto de la eternidad estaríamos así.



MICAELA

Epílogo

Cincuenta años después...

— París es romántico. — Entrelacé mis dedos con los de Tommaso mientras caminábamos por un puente sobre el río Sena. — Sobre todo de noche.

Toda la ciudad estaba iluminada, incluida la Torre Eiffel, que parpadeaba a intervalos regulares y podía verse desde varios puntos de la ciudad.

— Cualquier lugar es romántico contigo, Micaela.

— ¿Aún no has tenido bastante? — Le cogí la mano y me volví hacia él.

— Quién sabe dentro de mil años.

— Parece un buen momento. — Me incliné para besarle, pero me sorprendí cuando Tommaso me agarró por la cintura y nos movió rápidamente, golpeándome la espalda contra un árbol de la orilla.

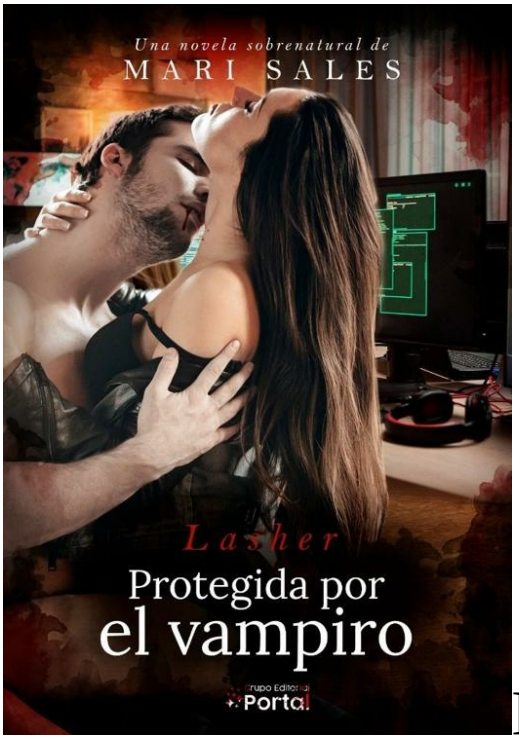
Jadeé cuando sentí su boca acercarse a mi cuello. Desde que me había convertido en vampiro, mis sentidos se habían agudizado mucho y eso me gustaba. La forma en que Tommaso me besaba y me tocaba se hizo más intensa.

Mi familia humana había desaparecido y lo único que me quedaba era él, pero eso era suficiente, porque teníamos la eternidad por delante para estar juntos, literalmente para siempre.

Fin de la historia.



Otros de la serie



Lasher — Protegido por el Vampiro — Conexão V

Enlace: https://amzn.to/3CUMyXE

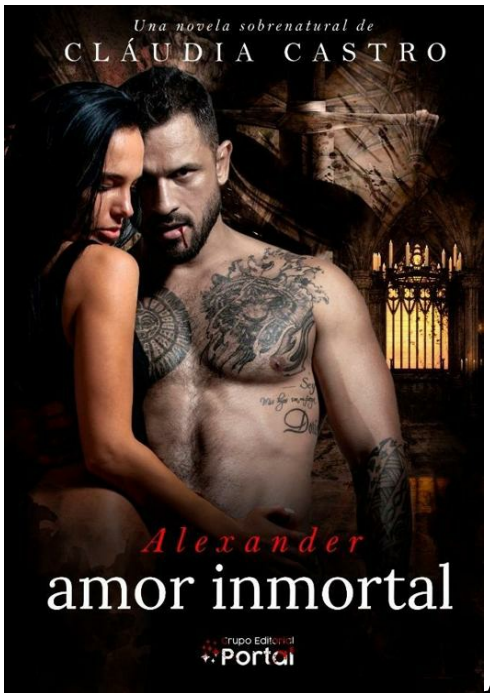
Sinopsis:

El poderoso director general del Imperio Lasher era un vampiro centenario que sólo salía de casa para alimentarse. Apasionado de la tecnología, vivía entre juegos de rol y mordiscos en el cuello, sin relaciones más profundas.

Una tarde aburrida, Lasher se dejó llevar por la curiosidad y rastreó a uno de los jugadores en línea. Se sorprendió al descubrir que su amigo virtual no era más que una chica en peligro.

Freya Allen huía de que abusaran de ella. Tenía poderes que no podía controlar y encantaba a todos los hombres con su aroma afrodisíaco.

Lasher la protegería de sus enemigos. Mientras desentrañaba los misterios de la joven, el vampiro se enamoró por primera vez.



Alexander — Amor inmortal — Lazos de sangre — Conexión V

Enlace: https://amzn.to/3XvP12w

Sinopsis:

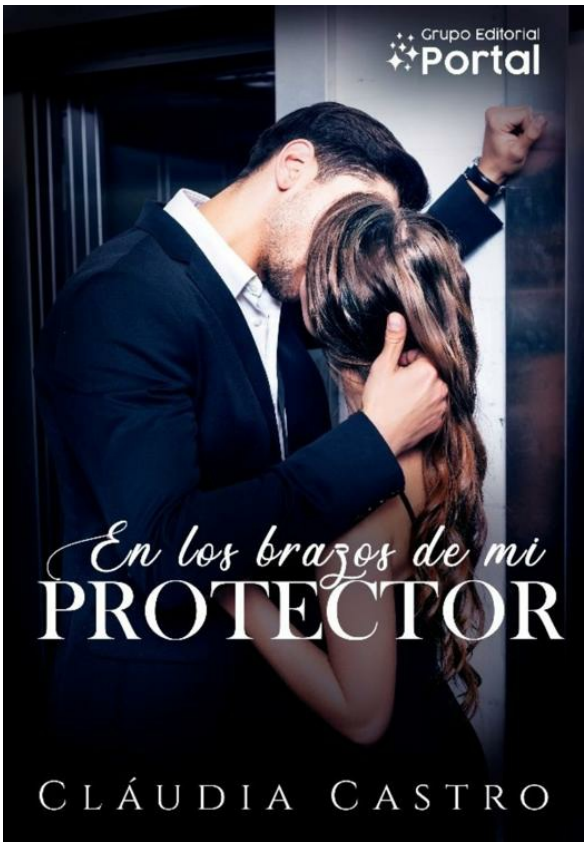
Alexander Campbell nunca descansa. Él y sus leales amigos tienen un código de honor y lo siguen al pie de la letra. El Comandante de la Guardia Real era el más fuerte de todos los soldados y un fiel amigo de Edmund Volmir, el dueño del pub Conexión V. Un hombre protector e introspectivo que se encargaba de mantener a los humanos y a los transformados fuera de peligro. Un hombre protector e introspectivo que se encargaba de mantener a los humanos y a los transformados fuera de peligro. Salvajemente guapo, no pasaba desapercibido para ninguna mujer.

Emma Carter era una joven intrépida y audaz. Su belleza trascendía la de otras chicas de su edad. Se puso en peligro para salvar a su hermana, que había sido secuestrada por un grupo de infractores de la ley transformados. Emma tendrá muchos problemas para que la protejan, ya que no le gusta seguir las reglas. Además, está en peligro de muerte porque pertenece a una estirpe de mujeres legendarias con un gran poder, aunque ella no lo sabe.

Este honorable guerrero siempre veló por Emma desde lejos, pero nunca consiguió salvarla de la muerte antes de cumplir los treinta años. Esta había sido su mayor pesadilla durante más de nueve siglos, porque para vivir con su gran amor, tuvo que ir en contra de sus principios

y transformar a su amada.

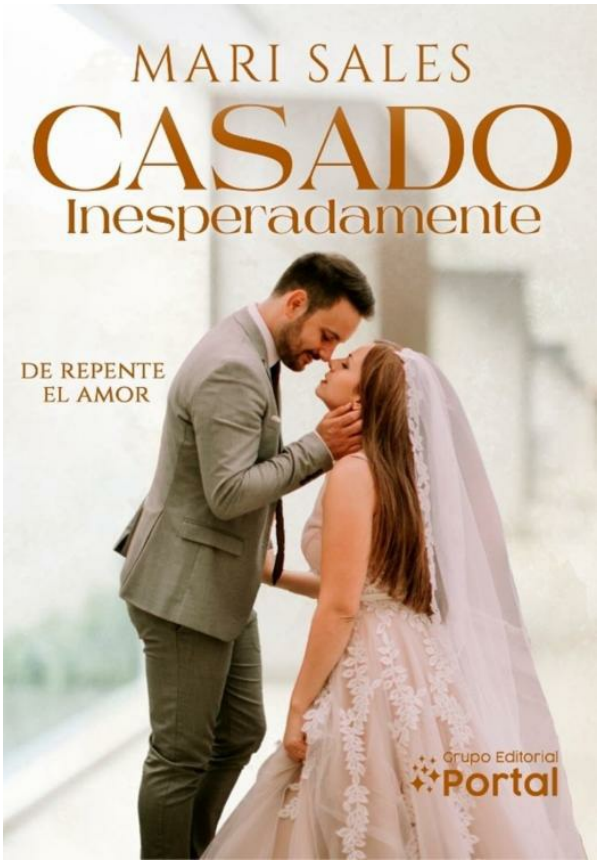
El encuentro de Alex y Emma estará lleno de situaciones peligrosas. Prepárate para esta historia de amor inmortal y lazos de sangre.



Enlace: https://amzn.eu/d/4u50H4V

Sinopsis:

Fabrizio Flauzi es el único heredero de una de las mayores haciendas del país, pero hasta que pueda hacerse cargo del imperio, persigue su sueño en la policía civil.
Hermoso y misterioso, el agente de narcóticos cometió uno de los mayores errores de su carrera, al creer sólo en las pruebas. Seguro de estar resolviendo un crimen, acabó llevando a una familia a la ruina.
Mariana Vaz es una ingenua joven de dieciocho años con una belleza única. La chica, decidida y torpe, sólo tiene un objetivo en la vida: demostrar la inocencia de su padre y hacer que el diputado pague por la injusticia cometida. Sospechando quién puede ser el culpable del crimen, inicia una investigación en solitario, convirtiéndose en el objetivo de la mayor red de corrupción, contrabando y explotación sexual del país.
Encuentros insólitos ponen a los dos frente a frente, provocando emociones incontrolables. Sin conocer la verdadera identidad del otro, acaban vencidos por la fuerza del deseo y se entregan a una inolvidable noche de amor, en la que la chica pierde la virginidad con su mayor enemigo.
El romance se ve condenado cuando ella descubre a la mañana siguiente quién es Fabrizio. El amor será puesto a prueba en esta historia de mentiras, sexo, crímenes e investigaciones. Descubre los peligros de escuchar a tu corazón.



Enlace: https://amzn.eu/d/bBP82Ws

Sinopsis:

Andrey Bianchi iba a heredar un gran imperio comercial. El encantador y sarcástico joven estaba dispuesto a seguir las normas de sus padres, hasta que conoció a una universitaria defensora de los personajes literarios.
Gabriella Lira había vuelto a su ciudad natal. Con su abuela y su hermano centrados en la gestión de la Cafetería Allegra, era libre para descubrir nuevos lugares y personas.
La atracción estaba ahí desde la primera mirada. Él necesitaba cumplir una obligación y ella ya había perdido demasiado como para rechazar aquella propuesta. Un falso matrimonio, un verdadero noviazgo.
Incluso los sentimientos más profundos pueden despertarse con las historias más ligeras y divertidas.


Grupo Editorial
Portal
www.grupoeditorialportal.com.br